

Alexandria
Marcelo Britos

Gómez, Julio Luis

Razón de mí - 1a ed. - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2006.
58 p. ; 18x11 cm. (Itinerarios)

ISBN 987-508-619-3

1. Poesía Argentina. I. Título
CDD A861

ISBN-10: 987-508-619-3

ISBN-13: 978-987-508-619-7

Coordinación editorial: Ivana Tosti

Diagramación: Ma. Inés Cosentino

© Julio Luis Gómez, 2006



© edicionesUNL

Secretaría de Extensión,

Universidad Nacional del Litoral,

Santa Fe, Argentina, 2006.

Reservados todos los derechos.

Ediciones UNL

9 de julio 3563, CP 3000,

Santa Fe, Argentina.

Telefax: 0342 · 4571194

editorial@unl.edu.ar

www.unl.edu.ar/editorial

Alexandria

Marcelo Britos

...Voy a enseñarte algo diferente
De tu sombra que marcha a largos pasos contigo
en la mañana,
o de tu sombra, irguiéndose al ocaso para ir
a tu encuentro;
voy a enseñarte lo que es el miedo en un puñado
de polvo.

T. S. Elliot

Fiesta

Estás esperando que tu imagen se relaje en el espejo de agua. Cuando vuelva a ser el reflejo único de tu cara, vas a repetir el golpe de tu rodilla contra el costado del tambor y otra vez las imágenes se volverán a distorsionar, a encimarse entre sí tus ojos, tu sonrisa; hasta que nuevamente se quiete y te aburras de hacerlo, y entres en la cocina para chequear que en la televisión hayan desistido los silencios densos y depresivos de la novela, que mantienen a Dora –tu madre– como a un autista frente a la pantalla, sólo moviendo la mano hacia arriba y abajo, con el hilo blanco y la aguja, hiriendo con método la tela de un pantalón percutido.

Nada cambió en la cocina: la pava ennegrecida sobre la hornalla corta las voces del audio con un silbido creciente, los retazos esparcidos por la mesa, un trapo de piso, las migas, el sol del mediodía delatando el polvo. Pero esa angustia, esa abulia, te es indiferente. Son otras las cosas que te entristecen. Probablemente el atardecer de los domingos, el final de la siesta de ese mismo día, cuando

chocan en tus ojos los cuadros de siempre: tu abuelo escuchando el balbuceo de la radio, tu madre planchando. Y esa sensación pesada e ineluctable de que al otro día te obligarán a regresar a la escuela, a consumirte en la rutina voraz de la semana hasta el alivio del próximo viernes.

Los próximos diez minutos son ligeramente confusos. No se avistan juegos que puedan levantarte del piso, es mejor –estás pensando– recostarte boca abajo sobre los mosaicos y sentir cómo el frío penetra por las palmas de tus manos, por tus mejillas. Disfrutás esta nueva perspectiva, esta mirada a un mundo plano desde donde se levantan enormes edificios, montañas, la alacena, la heladera y debajo de la mesada empiezan a aparecer las cosas que diste por perdidas, las que sospechaste robadas por tus primos, devoradas por la rejilla. Ya no importa el televisor porque creaste un silencio nuevo rodeado de otros sonidos, porque aunque aún no revistas de filosofía ni de profundidad los vagos pensamientos que se agolpan en tu cabeza, con una simple inocencia la vida ya te enseñó que no existe el silencio total, que sólo es la quietud de las palabras, que ese silencio que agrada es el que está empapado de murmullos suaves y estáticos, y es algo así lo que encontraste ahora debajo de la mesa, además de una intimidad, de un territorio tuyo en el que te pertenecen hasta las zapatillas que empuja despacio Dora con sus pies.

Pero hay algo pálido que rompe con la quietud de tus dominios, algo que se mueve desde la escalera hasta detenerse junto a Dora; no pertenece al resto de las cosas ordinarias que se dispersan alrededor de la mesa, desentona, es ajeno a los colores grises y opacos de los mosaicos y tiene vida; no la lenta y pesada movilidad del cuerpo de tu madre, sino algo más prístino, más inquieto. No hay belleza ni armonía en esos pies femeninos, no a tu edad y mucho menos tratándose de los pies descalzos de Astrid, que te provocan repulsión, descontento, con las uñas pintadas de un color morado, manchas de sangre en cada dedo, con el talón y las plantas ennegrecidas por la tierra del parque de su habitación. Recostás nuevamente tu cara sobre el piso para ganar visión de las cosas que pasan en la altura, apenas pasado el borde de la mesa, al final de la piel, el ruedo del vestido de Astrid se deshilacha, y está desprolijamente construido con alfileres. Un pensamiento audaz te asalta: si quitaras alguno, el vestido caería como una cascada blanca a los pies de tu hermana, y quedaría desnuda, gritando, y tu madre se reiría hasta caer al piso, viendo cómo su hija se cubre con los brazos escuálidos los pechos incipientes, avergonzada, insultándote y corriéndote alrededor de la mesa.

—La fiesta es esta tarde mamá y yo estoy en veremos. Esto me queda para el culo, mami...

—La boca Astrid!!!... Pará que te achico acá y lo armo.

No tolerás ese gemido lloroso de Astrid, la hace ver infantil, idiota. No comprendés nunca las razones de ese estúpido ritual de fingir un llanto, de mirarse horas en el espejo, ajustándose con los puños las remeras contra su cuerpo, o subiendo sus pantalones hasta que las nalgas se oprimen contra la tela que pareciera romperse. Un dedo tuyo roza el empeine de Astrid y ella lo contrae y sube su pie hasta el alcance de la mano, lo rasca y se queja, como se queja de todo, seguramente pensando en que es un mosquito, o una pelusa, o la mugre adherida a su piel por esa costumbre tan filial de caminar descalza por la casa, como tu madre, como vos mismo. Esa reacción te despierta y te hace comprender que tu dominio se ensancha, porque ahora estás comprendiendo que ella no sabe que estás debajo de la mesa, tu madre no dice nada, y la sorpresa se entrega de brazos abiertos, te ofrece una retahíla de cosas que le pueden suceder a Astrid, dolor, cosquillas, asco; todo la va a tomar desprevenida, pero debe ser sólo una, bien elegida, ya después va a sobrevenir el escándalo, los gritos de tu madre, sus gemidos quejosos e insoportables. A pesar de las dudas vas a optar por pellizcarla, y al momento de hacerlo ella grita de dolor y tu madre, que estaba clavando un alfiler en el ruedo del vestido, pierde la paciencia y co-

mienza a buscarte con sus pies bajo la mesa, dando patadas al aire con la intención de dañarte. Salís despedido de allí y no calculás el borde de los obstáculos, la cabeza no está lo suficientemente caída como para evitar el impacto del filo de la mesa, y el golpe es seco, hondo, tan violento que sentís un tirón que vuelve a sentarte en el piso, un mareo atroz te sacude y el dolor empieza a bajar por todo tu cuerpo. Entonces el odio, la impotencia, la sonrisa burlona de tu hermana, los gritos de tu madre que no paran, la humillación insoportable, y pensás en el único camino digno, posible, además de llorar y buscar la falda materna, para, aunque más no sea, frenar la sorna de Astrid y desahogarte gritando y mojando a chorros tu mejillas: la huída. Correr hasta la terraza y sufrir en silencio, ver la pared del patio a través de los ojos colmados de lágrimas. Esos mismos escalones que te escondieron cuando tu padre te cruzó las piernas desnudas a cintazos después de que dejaste caer las latas vacías al piso en aquella siesta, o cuando borraste la nota de la libreta. Y salís de allí, como si escapando de la risa o de la piedad de los demás, sea también una forma de escapar del dolor; y quizá sea un poco así, porque el aturdimiento se diluye y los pensamientos vuelven a ser un poco más claros, mientras el horizonte del último escalón te deja ver el cuartito de la terraza, refugio de la siesta que te ampara de los gritos, que te recuerda a tu

viejo, al aroma del asado, porque allí él guardaba las fuentes con carne y achuras para que el gato no las robara, allí están sus revistas embaladas, esperando el coraje de tu madre para terminar en la calle, en el carro de algún cartonero; los Dartagnan, los Tony.

Te recostás en el colchón viejo y tus párpados caen. La oscuridad serena quiere jugar, quiere rodearte de estímulos para seguir arrancándote los recuerdos, abre los cajones sin resistencia, lo hace con libertad porque aun no intentás detenerla, ya va a existir un tiempo en el que vas a correrla a piedrazos, vas a atontarla con el alcohol. Ella deja volar un olor, mezcla de humedad y forraje, que penetra tus sentidos y te sonroja, te incomoda dulcemente, porque de alguna manera, los que irrumpen en la sombra de tu memoria son los juegos con tus primas. Esos secretos que aun hoy guardan entre miradas cómplices y pudorosas. Los recibís con dudas, pero ya es tarde. Una imagen insistente comienza a formarse, a tomar un color vívido, y es necesario sentir el peso de esas nalgas desnudas sobre tu falda, no sucede, pero es necesario, como lo eran la curiosidad y el ansia de probarse los labios. Deseás que vuelva, lleno de vergüenza, deseás que todo sea cierto, que trascienda el imposible, el sueño, el vano deseo; pero es insoportable estar solo con esa pena y salís despacio del encierro a buscar otro pretexto para que

el cielo se incendie y el tedio de la tarde se termine con la noche, que llegue el momento de la televisión, de la ceremonia repetida de la cena, de la ausencia de tu hermana para agrandar tus dominios, para retozar los diez minutos aburridos en su cama, frente a las miradas pétreas y felices de los cantantes, hasta que sólo sea un breve triunfo en esa lucha pueril por invadirla. Ya estás sentado en el pasamanos de la escalera, ya viene el viaje fugaz y vertiginoso hasta el primer descanso, volando hacia abajo, tus brazos apenas se separan de la madera desafiantes y el equilibrio se va, tu cuerpo se balancea hacia el vacío, un calambre de dolor y flojera sube desde tu estómago y tus brazos vuelven a abrazar con celo el pasamanos al momento de caer en el descanso. Asustado, sonreís. Y ya, ese segundo en el que la desgracia te acarició la frente, se ha perdido en el olvido, porque es más adelante cuando vas a decidir tu relación con la muerte, alguna vez vas a elegir que la muerte duerma con vos, coma con vos, se revuelque con vos y con una mujer, y en el final inesperado de tu vida vas a comprender que siempre estuviste muerto; o vas a desprevenirte, a aceptar que llegue sin aviso, cuando quizá te encuentre cansado y la quieras.

En el descanso hay un silencio, llega desde el pasillo de la habitación de tu hermana y te extraña que así sea, porque se acerca la hora de la fiesta, y

ella debería estar luchando con su reflejo, con la carne sobrante que se escapa por las hendiduras del vestido, deberías estar escuchando sus gemidos estúpidos y graciosos, sus piecitos mugrientos bailando frente al espejo. Te apoyás en la pared, como si alguien fuera a descubrirte desde la habitación de tu madre, la puerta entre abierta sólo deja salir un poco de oscuridad, pero aun así te da pavor imaginar que una cara pueda asomarse y tan sólo mirarte. Avanzás despacio por el pasillo alfombrado, cruzando el silencio insoportable, con el frío de la pared penetrando tu espalda. Allí está la puerta, cerrada por dentro, no hace falta delatarte bajando el picaporte, siempre la cierra para evitar que la sorprendan desnuda, saltando de la cama al suelo, danzando y cantando con vestidos del taller de tu madre a medio terminar. Pegás el ojo a la cerradura. No es la primera vez, por eso cuando lo abrís y la luz del velador te devuelve esa porción de la habitación te resulta diferente el paisaje, extraño. La imagen no cuadra con ninguna de las imágenes posibles, almacenadas en tu inconsciente, porque los pies de tu hermana, que arrastra y ensucia, que muestra y esconde, no están tocando el parqué, están flotando, tapando el fondo de la pieza, balanceándose en el centro. Tus párpados vuelven a caer, y los abrís para confirmarlo todo, pero aun no se acomoda la escena, esos pies pálidos, inertes, desconocen su papel en esa imagen;

su balanceo, la vena tan azul, como el agua de un lago del sur, que sube desde el empeine hasta la pantorrilla, que se ve tan claramente. Vas a correr hasta abajo, para decirle a tu madre, o vas a quedarte sentado en la alfombra, esperando que la vengan a buscar para llevarla a la fiesta.

El pelado

Pensó: el hombre pretende simplificarlo todo, apresararlo en una palabra, impedir que rebalsen las miserias que lo perturban, que lo desbordan. El hombre llama muerte, sólo muerte, a la desesperación por sentir cómo los pulmones no se hinchan de oxígeno, al dolor del fuego en la piel, a la neblina blanca en los ojos; después, a la nada en la nada. El hombre llama amor a la obsesión, al deseo incontrolable de ahogar a alguien, de apretarlo con los brazos y los pies, tragárselo, devorarlo, matarlo si es necesario. El Pelado supo en ese momento que necesitaba también usar esas palabras, no sólo para explicarse ante los demás, sino porque no iba a tolerar el repaso de todas esas maneras de encontrar la muerte.

Miró a través de la ventana y vio, como cualquier otra mañana, al hombre del impermeable amarillo durmiendo congelado en la parada del ómnibus. Las bolsas de nylon lo rodeaban. La gente esperaba su línea fuera del refugio, soportando el frío antes que el hedor.

El mismo frío envolvía sus manos, la helada metiéndose en sus huesos, en su carne; se enroscó en su propio cuerpo y se compadeció de esa imagen, y sintió pena por él y odio por los pacientes pasajeros; intolerantes, imbéciles.

El pelado se había despertado esa mañana después de los treinta minutos de sueño que se concedía cada noche. Lo había hecho a sabiendas de que ese era el día elegido, pero nada cambió su rutina. Posó la pava de agua hirviendo sobre el tablón; corrió con las manos desnudas las migas de pan y salame, arrastrando moscas y clavos; apretó sus labios alrededor de la bombilla, dejando que el sonido ridículo quebrara el silencio muerto del galpón. Se lavó las manos y la cara, al borde de un lavabo herrumbroso, bajo una canilla débil. No se miró en el espejo; evitó las sutilezas y las reflexiones sobre su cansancio. Ese era el día.

Buscó al perro bajo la montaña de arpilleras y fierros. Lo alzó y lo llevó hasta su rezago; le acarició la cabeza sobre sus bostezos. El perro parecía agradecido, o resignado. Lloró cuando sus ojos se cruzaron con los de él, y esperó en vano que los ojos de su perro también se llenaran de lágrimas. Se sintió un idiota; una sensación muy familiar para él.

Volvió a la ventana. Ya era media mañana y el hombre del impermeable amarillo aún seguía crispado en el banco de la parada. No podía ver su

cara. No le daba la espalda, pero cubría su cabeza con los brazos. El pelado se aburría de mirarlo, de esperar un movimiento, que algunos de los que esperaba el ómnibus se animara a gritarle, o que la policía, como otras veces, lo llevara a la ruta de Ibarlucea. Estaba allí, sereno, soñando con estar bajo techo, con mate caliente, con frazadas.

Dos obreros saltaban para soportar el frío. El hálito nublabla las palabras y las risas. El pelado, entonces, frente al cuadro completo: parada durmiente obreros, descubrió nuevos matices de esa imagen, elucubró dimensiones de la relación entre esos desconocidos, la historia de cada uno de ellos; los imaginó hablando mal del capataz, o riéndose de sus esposas, o tramando un escape a algún bar de la ruta; los imaginó caminando una noche por esa calle, sosteniéndose en las paredes para que el vino no los tirara. Esa calle que sabía de su vana existencia, de su soledad, de su vigilancia constante por esa ventana; la calle que no cambiaba por él, para no sorprenderlo, para terminar de hundirlo en el tedio deprimente y repetido.

El hombre del impermeable amarillo no tenía vapor alrededor de su cara, y después de recordarlo, entendió que nunca había dormido hasta esa hora. De ser como siempre, ya estaría juntando con fatiga cada una de las bolsas, estaría caminando hacia la parroquia para tomar el mate cocido. Algo extraño, algo que no deseaba de forma cons-

ciente, le sugería que ese hombre estaba muerto, que no había soportado el frío voraz de la madrugada, que el corazón se había parado en el sueño de las frazadas, asqueado rendido. El pensamiento fue mutando, un poco después fue un deseo.

Se entusiasmó, acercó una silla a la ventana y observó, intentando advertir cualquier cambio imperceptible, esperando que otros hicieran lo mismo que él, que se percataran que algo terrible estaba pasando allí en esa escena tan cotidiana y sencilla. El hombre del impermeable amarillo movió un brazo para levantar las solapas del abrigo, y eso bastó, en segundos, para quebrar el interés del pelado; otra desilusión; la culpa de fastidiarse por algo así.

Siempre deseaba la muerte de personas sin motivo alguno, nunca supo si esa curiosidad por la muerte era normal, si todos la tenían.

Cerró la ventana y decidió adelantar los hechos. No debía ocurrir a la noche, sería insensato. Estaría todo el tiempo pensando en eso, ansioso, cuando se suponía que debía ser impulsivo, decidido. La idea de hacerlo de noche se había sostenido únicamente en la posibilidad de que estuviera dormido, pero nunca dormía. Alzó al perro. Lo llevó a la terraza. Lo acarició y volvió a llorar. Esta vez el animal se inquietó, gimió y con el hocico empujó sus manos. Lo encerró en la terraza y bajó. Llegó agitado y necesitó sentarse unos minutos en la mesa

de la cocina. Por un momento tuvo el reflejo de hacer lo que cada mediodía: buscar en las bolsas las verduras que quedaban; juntar las monedas para el cuajo; calentar el agua. Sonrió. Sostuvo su cabeza con las manos, los codos sobre las rodillas. Lloró a chorros, a gritos, insultó a discreción a muchas personas, a todos los que conocía. Si hubiera podido retener cada nombre que escuchó en su vida, lo hubiera incluido. Se calmó.

Ya estaban cerradas todas las persianas y las ventanas. El galpón era oscuridad, un manto negro, sin puntos brillantes, sin haces pequeños de luz que lo pudieran guiar.

Un día frío, el ciego le había dicho: a veces tengo la sensación que todos los lugares son una habitación oscura, que siempre hay una pared frente a mí. Pero la pared es la salida. Apoyás las manos, y caminás de costado, siguiendo el curso de la habitación. Van a pasar curvas, agujeros, cicatrices de cuadros, de espejos, pero finalmente, siempre, encontrás la abertura, todas las construcciones tienen una salida, nadie construye desde adentro y queda encerrado para siempre.

Siguió la pared con sus dedos, y llegó a la cocina. Antes de abrir las llaves de las hornallas escuchó las uñas del perro contra la puerta de chapa, el llanto agudo y penetrante del animal. Lo presentía, oliendo el paso lento de la desgracia. Subió las escaleras. El perro olía su piel por debajo de la

puerta. Trató de calmarlo y se sorprendió explicando razones que nadie detrás de esa puerta podría entender. Se resignó y bajo las escaleras. Sentado, frente a las hornallas abiertas, junto a la garrafa que también sonaba dramática y fatal, el pelado esperaba las náuseas, o el mareo, o los párpados pesados. Vigilante de su cuerpo, cuando el miedo llegaba, rescataba de su memoria las caras que tenían que acompañarlo, las que reforzaban su decisión, las caras y los hechos, las situaciones, las voces que decían algo que había quedado aferrado a sus noches, todas esas cosas que se juntaban en el rincón de la pieza y lo atormentaban; hordas, ejércitos ineluctables de cosas que, frente a dos o tres alegrías, eran invencibles.

Otros golpes en la puerta. Pero no venían de la terraza, sino de la puerta de calle, golpes desesperados, imperativos. No podían ser de un vendedor ambulante, de un encuestador, la tensión del puño que sacudía la puerta sugería una urgencia, un pedido de socorro. Asomó su ojo por la cerradura y vio a los dos obreros impacientes, esperando la respuesta. El hombre del impermeable amarillo habría muerto, algo le habría pasado y su cara atenta en la ventana habría resuelto a estos hombres a pedir su ayuda. Abrió la puerta y al verlos los recordó saltando en la calle, había pensado en ese momento que en la expresión de sus sonrisas había algo entrañable, noble; por eso el remolino

de sombras fue inesperado como una tormenta, como una crecida de las sierras, sin aviso, sin escape. El vendaval de manotazos lo aturdió, del suelo veía los pies de los hombres que lo rodeaban, las herramientas, su ropa, volando sobre él. El dolor le subía por las entrañas y lo retorció. Ya sus manos chapoteaban en un charco ocre de sangre y mugre. Volvió a recibir otro puntazo en el piso, pero ya no lo sintió, sólo pensó que no había podido elegir nada en su vida, ni siquiera una forma de morir.

Jugadores

Intentó deslizar los naipes con el pulgar para que fueran desnudándose, para poder ver, despacio, cómo asomaban las líneas de los palos. Quería vislumbrar una mentira abultada, ilusionarse con el vacío que suelen dejar los ases en la parte superior de las cartas.

Los naipes estaban percutidos y grasosos, se adherían entre sí y también a sus dedos; eso lo molestaba

Antonio pensaba que él no merecía un mazo de cartas viejas, aunque esa pretensión pareciera trivial. Tampoco lo merecía el camionero que besaba la estampita del Gauchito Gil, ni los dos hombres a quienes no conocía y hoy lo enfrentaban por el azar de los sorteos. Tampoco Patricio, su compañero, que renunciaba a volver a Villa Elena a dormir con su familia, después de haber hombreado escombros toda la siesta.

La siesta es impiadosa en San Luis, el sol de esa hora les marcaba el lomo con colores rojizos y les reseca las arrugas de los ojos, que se notaban

más con el polvo de los ladrillos; con las sonrisas cerradas por el cansancio.

Antonio Agüero, el locutor de la radio municipal, el que había extendido su voz por la plaza interminable de Cosquín, había huido sin ganas de la casa de Noelia. Quedaron a sus espaldas el asado a medio terminar y la caricia de una noche fresca al pie de las sierras, con las manos ásperas de Noelia recostadas en su falda, mirando la oscuridad eterna del cielo.

Había llegado tropezando hasta el asiento del remisse para llegar antes al sorteo de las zonas.

Antonio; Patricio, el Zorro y el hombre de pañuelo verde –sus contrincantes de turno- eran jugadores y cada noche de miércoles se miraban fijo entre la bruma del tabaco y las luces mortecinas para gritarse los revires. Jugadores que contaban atentos las cartas, arriesgándose a cálculos que nunca resultaban. Hombres anónimos, de duelos de labia. Quizá, alguna vez, figuras legendarias exageradas por el comentario huérfano de algún parroquiano testigo; nada más que eso.

Sin embargo, cuánto valían sus nombres cuando el pecho se les hinchaba sobre el borde de la madera y la espada caía como un refucilo sobre las cartas impotentes. Cuánto valían esos momentos que quedaban escondidos en el olvido, hasta que las anécdotas de la madrugada los resucitaban.

Allí estaba, toda esa íntima dignidad de los juga-

dores pero, como un contraste, sobre la mesa del Club Defensores de Merlo, un tinto abocado, un sifón con vestido de lata y ese juego de naipes, viejo y barato, percutido por las manos de muchos hombres de monte y de suburbios, privando a Antonio y a todos ellos, de pintar las cartas como Dios manda.

El rumor del salón, la voz nítida de los benditos por la suerte, el murmullo de los torrentes de Fernet que se estrellaban contra el fondo de los vasos. Todo eso le hacía soñar a Antonio que aquella imagen se congelaba entre miércoles y miércoles, porque todo era igual cada torneo, hasta el reparto arbitrario de la derrota, que señalaba siempre a los mismos, como si hubiesen sido marcados ellos también en el mazo del destino.

Siempre las mismas caras desdeñosas, desoladas, buscando un pleito que devolviera una razón a la esperanza de la próxima semana.

Patricio releía sus manos callosas en las que resultaban ásperas las cartas apretadas entre sus dedos, las manos quemadas por la cal horas antes. En esas horas, sólo soñaba con las sonrisas de la última mano, presagiando el abrazo consagradorio con Antonio y las frases envidiosas de los demás muchachos. Cada vez que evocaba esos momentos, que nunca fueron exactamente así, apretaba en el bolsillo la estampita de la virgen de Itatí, que había aferrado su padre hasta el último suspiro,

una tarde de calor insoportable en un rancho de Curuzú Cuatiá. Aun podía recordar los ladridos de los perros en el umbral de la pieza, el hedor de la cama, el llanto inconsolable de su madre. Al rememorarlo se santificaba y perdía su mirada en el cielo, en el universo extraño y ausente del amor de sus padres, que lo ayudaban desde arriba; apenas si lo ayudaban.

Esa noche Patricio había decidido quedarse en la Villa de Merlo, con la promesa firme de llevar el premio a su casa: los quinientos pesos y el lechón que donaba cada miércoles el intendente. Se había prometido cocinarlo con Antonio en el horno de barro, con Noelia, Marcelo y Estelita, su mujer. Ella había creído en su promesa más que en cualquier cosa en el mundo, ella caminaba casi encorvada por entre las gallinas, cargando la panza fértil, con sus manos también cansadas de lavar los pisos de los caserones, donde abría ventanas a un mundo imposible, un mundo donde la bondad parecía fingida, donde uno nunca sabía hasta dónde había cariño, hasta dónde compasión.

Menéndez se había propuesto ser desconfiado. Porque el zorro era un bicho desconfiado, aunque a él no le decían Zorro por eso; ni era desconfiado, ni en su vida había entendido bien por qué le decían así.

Para él el zorro era un animal flaco y esquivo, harto de que lo despellejaran para teparle el hom-

bro a una mujer encumbrada. Pero cuando se sentaba en la mesa de los miércoles, donde las cartas sacudían los dedos y la lengua de los paisanos, él quería sentirse desconfiado y sagaz como un zorro, quería merecer el mote y hasta muchas veces se presentaba como tal. Sentado, miraba a Antonio de reajo, que sin saber de la vigilancia pueril de Menéndez, sólo se dedicaba a seguir lamentando la cena trunca con Noelia y Marcelo. Entonces el Zorro se incomodaba y miraba alrededor, confirmando que actuaba para nadie, que en cada mesa, cada uno, se dedicaba a pelear a muerte los partidos que les había tocado en suerte ese día. A su izquierda, Antonio no paraba de hablarle al compañero; se ufanaba de su labia enloquecedora y parecía no impresionarse por su mirada celosa. Y él era ignorado, lo pasaban por alto como si fuera un palenque entre los tres jugadores. Qué zorro, si ni siquiera alguien se percataba de su mirada perspicaz, acechante; la mirada que iba a descubrir la carta artera en la manga del famoso Antonio Agüero, el locutor local que había presentado a Horacio Guaraní en el mismísimo Cosquín. Así soñaba sus heroísmos inexistentes, descubriendo la miseria de los otros, la miseria de Antonio Agüero que nunca llegaría, la miseria que solamente respiraba en el inventario propio de sus vilezas.

Patricio estaba incómodo, entre tanto silencio envolviendo la verbosidad de Antonio, que filtra-

ba algún grito de truco entre las historias que inventaba para disfrazar sus celadas. Relatos de noches folclóricas, en clubes ignotos de la Pampa, de Santa Fe, de Rosario del Tala.

Al Zorro no se le caía ni una palabra. Frente a él, su compañero, suspiraba con odio, desinflándose con énfasis, dejando salir el humo celeste de los cigarros por entre los agujeros oscuros de la nariz.

A la derecha de Patricio, el hombre del pañuelo verde. A la derecha de Antonio Agüero, el Zorro.

Patricio vio más de una vez al hombre de pañuelo verde, acariciando con su mano izquierda el facón que se perdía por debajo del cinturón, como si necesitara saber que estaba para el momento en el que, inevitablemente, se deslizaría entre sus manos callosas.

El hombre del pañuelo verde miró de reojo por entre sus cabellos. Se cruzaron las miradas y Patricio tuvo miedo; tuvo miedo porque los de él se frenaron en los suyos y nunca supo cuando se resignaron, porque bajó la vista, porque no le importó su cobardía efímera. No era de aflojar pero era una partida de naipes, y el hombre del facón no parecía jugar solamente por el lechón y por la plata. Hizo memoria, intentó recordarlo de algún pleito, de algún recuerdo amargo que lo eligiera acreedor de alguna venganza; después de todo, no siempre se mata a alguien por algún motivo; los asesinos siempre tienen otras razones para matar;

más pueriles, inesperadas. Después de pensarlo, escondió la mirada de nuevo y sus dedos bajaron hasta el bolsillo para volver a acariciar a la virgen de Itatí.

Los porotos se comenzaron a acumular en un rincón de la mesa, a favor de los que mareaban el silencio de Menéndez y del hombre del pañuelo verde, que parecía estar demasiado ocupado conteniendo la ira y raspando con los dedos el mango del facón, cuya hoja no brillaba entre el óxido y el cuero baqueteado del cinturón.

Antonio llevaba las cosas con tranquilidad, las señas eran innecesarias, sobraban ante la impericia. El partido tenía ganador y ahora era chato, tedioso, como esos partidos de fútbol que solía ver en la madrugada, mientras esperaba en el bar de la radio el momento de salir a presentar a las grandes promesas del folclore nacional, a la juventud que le inyectaba sangre nueva a la música popular.

Yeite, el mozo, dejó otra jarra de vino y le sopló al oído, a Patricio, algunas palabras imperceptibles, sólo siete palabras que lo empalidecieron, que acabaron con su ánimo con la misma impiedad con la que lo chuzaba con la mirada el hombre del pañuelo verde.

Lo observaba fijamente mientras el pánico lo cubría de sudor frío por todo el cuerpo y las cartas se humedecían entre sus dedos.

El Zorro repartía los naipes y el mazo en su mano parecía desarmarse en pedazos, porque no podía dar una carta en el mismo lugar que la otra, porque su torpeza se potenciaba con la desesperanza de la derrota inevitable y porque su compañero estaba completamente ido, completamente ausente de aquella masacre. Cuando miró las cartas áridas y pobres que se abrían en sus manos, decidió hundirse hasta el final, abandonando el esfuerzo de pensar en cómo ganar uno que otro punto. Sólo deseaba llegar sereno a la derrota, que ya estaba cerca, a cinco o diez minutos, según lo que él quisiera demorar.

El que no quería terminar el partido era Patricio, porque no podía olvidar el susurro del Yeite: ... “el de pañuelo verde pagó para jugar contra ustedes”.

¿Por qué?, ¿Por qué él? ¿Por qué aquél hombre, a quien no conocía, arriesgaba su integridad para enfrentarlo? No llegaba a entenderlo, a él que nunca había abierto pleitos ni deudas para no tener que cerrarlas. Trató de pensar con frialdad, mientras las cartas seguían planeando sobre la mesa, y esa mirada lo seguía acechando. Trato de imaginar una situación que se adelantara a la intención de su cazador: allí mismo, indagarlo; no dejarlo primerear, coparle la parada, preguntarle por qué razón era con él el asunto y, si era así, no importaba, y que fuera lo que Dios quisiera. Pero las co-

sas que parecían tan fáciles en sus pensamientos no lo eran en su realidad pavorosa. Trémulo de miedo, sabía que cuando los porotos contaran treinta, le iban a arrimar el filo de un facón y debería responder por su vida. A esa altura de las cosas, el honor y la hombría se perdían vanamente en su memoria con la cara de Estelita, con los rostros posibles, imaginados, de su hijo, el esperado consuelo de su vida forzada y monótona.

Antonio, exultante, no notaba la tensión y descubrió en los colores de sus cartas una andanada de puntos que podían terminar con el partido, si se lo permitían. Entonces dejó pasar la mano y no cantó, quería que fuera perfecto, que cada grito fuera tímido hasta el suyo, hasta que de su boca cayeran como un alud las palabras burlonas y que, al contar con sus voz la suma de las cartas, los ojos de los adversarios, cansados y desdeñosos, quedarán inyectados en sangre, derrotados.

Patricio comprendió y su vergüenza era quizá más fuerte que el miedo, por eso reviró el envido suicida de Menéndez, que no sabía cómo hacer para terminar con la humillación.

Antonio escuchó con satisfacción cómo aceptaba el Zorro el convite furtivo de Patricio, pero no pensó solamente en la victoria, esa victoria fácil y anunciada. No pudo evitar pensar en Noelia, en que quizá aún estuviera sentada frente a las sillas, con la brisa fresca rozándole la punta de los

pies, con Marcelo escarbando con el tenedor los restos de la morcilla para acompañar los últimos pedazos del pan casero y así seguir tomando un poco más de vino; sólo para perpetuar ese momento, viendo a las tormentas relampagueando en los cuatro horizontes oscuros, quedándose en las cuchillas de la sierras, temiéndole a las estrellas. Aunque disfrutaba de ese triunfo, quería llegar a tiempo para vivir esa última agonía de la noche, quería vivirla con Noelia y con su hijo, que ya era también como el suyo, porque podía sentir rezumar la virtud de esa otra sangre.

Patricio sintió otra vez el fuego de esa mirada, vio nuevamente cómo las manos tocaban la cintura y el bronce, y decidió escapar al baño, renegando de la victoria, como esperando complacer al cazador. Después de todo, era sólo un partido más: siempre ganaban y perdían los mismos, parecía todo tan idéntico, salvo esa noche, en la que el miedo, nuevamente, lo alejaba de su más cercana felicidad. Ni siquiera se percató de los gritos apagados de Antonio, de las cartas lloviendo sobre la mesa, rubricando el juego. Sí pudo ver cómo el hombre del pañuelo verde se incorporaba tras él, como empujaba con la espalda la silla hacia atrás, con inmovible paciencia, para erguirse por sobre la cabeza de todos; porque era más alto que todos; era enorme y un aura siniestra lo ensombrecía en el brillo del salón.

El Zorro se incorporó detrás de todos y fue hasta el mostrador, quiso desaparecer de la escena como si eso lo ausentara del momento, de ese preciso instante en el que todos los jugadores buscaban entre las sillas desordenadas a los ganadores y a los perdedores. Él no lo era, no era un perdedor; su compañero sí, y ahora estaba también escapándose de la multitud como asumiendo la vergüenza de haber sido el padre de ese fracaso.

Patricio apoyó ambas manos sobre los azulejos ennegrecidos del baño. No le importaba el hedor de las herrumbres ni la soledad en la espera terrible de ese encuentro. En los primeros segundos, pensó en hacerle frente y había seleccionado con la mirada algunas botellas que podían romperse fácilmente en los bordes del lavabo. Pero era demasiado para él, demasiado para el terror que lo achicaba entre esas paredes frías y blancas del baño del Club Defensores de Merlo. Por la puerta de chapa, entraría ese hombre y sin ninguna razón lo azuzaría con el cuchillo hasta cortarlo, hasta ver la sangre salir a borbotones por los tajos rectos y profundos en su carne. Antes que pasara eso, él le pediría disculpas sin saber por qué, le pediría piedad y se iría de ahí con la humillante marca de la cobardía y viviría con esa carga, pero viviría.

Antonio, parado en la puerta del club esperando el remisse, pensó en cuántas veces había repetido esa ceremonia, la de salir de un club de barrio, en

algún lugar recóndito del país, después de haber presentado artistas trasnochados, humoristas decadentes y grandes cantantes que no verían más luz que la del sol a través del culo de un vaso vacío. Pensó otra vez en Noelia y decidió que todas las noches juntas, las de desasosiego y las de desdén, las de soledad y las de cariño esquivo, habían valido la pena para vivir en ese día de su vida, una vida con Noelia y Marcelo. Sintió las hojas secas del sauce crujir debajo de una suela. Entre las sombras, unos ojos de fuego irradiaban rencor. Detrás de los ojos encendidos, el hombre del pañuelo verde sufría el recuerdo de otra Noelia, más joven y más diáfana y esta añoranza tortuosa lo mantenía convencido de que había que jugarse la sangre y que, frente al filo de su muerte, o de la muerte de ese hombre que de espaldas esperaba un remisse, debían jugarse las únicas cartas que le importaba jugar esa noche. No paró de empujar el cuchillo contra la campera de Antonio, hasta que sintió una caricia cálida de la sangre, escapándose entre sus dedos. La tormenta enloquecía las hojas, las elevaba en torbellino hasta los cables, todas las hojas planeando en bandadas, salvo las que quedaron apretadas bajo las rodillas de Antonio.

Puyrredón

Un recuerdo nítido de su tío Orlando: el brazo robusto y pálido que lo abrazaba, asomados los dos sobre el tapial de la terraza, mirando hacia a la calle a tres soldados que, sin boina ni casco, sólo pantalón y camisa de fajina, deslizaban pinceles empapados con brea sobre unas inscripciones temblorosas en la pared.

—¿Qué están tapando tío?

—Malas palabras...

Los colores caóticos de la ciudad desfilaban por su ventanilla y se atropellaban con los recuerdos, con las imágenes de la casa de calle Puyrredón que hacían esfuerzo por ser claras, concretas; pero el tiempo las había redibujado, las ventanas y las puertas tenían los postigos de otras, los pisos otras figuras, quizá de otras casas más recientes. El taxi frenó su marcha con paciencia a los pies de Eugenia, sentada en el cordón, indolente, con sonrisas piadosas, para comenzar las cosas de otro modo, porque Gastón sabía que su prima elegía siempre los caminos pedregosos, con pendientes

hacia el fracaso, con un vértigo extraño para él. Esas historias que siempre caían de los labios de otros, que sonaban con espanto, con lástima: el novio que golpea, el aborto, las frustraciones.

Después del abrazo, apenas después, otro recuerdo: Eugenia sentada en la falda de Orlando, su padre, en la sala de espera del hospital, y su madre revolcándose, estirando los brazos para romper las sabanas trenzadas que la aprisionaban contra la camilla.

Luego su tía se fue perdiendo en el tiempo y quedó en su memoria como desprendida, durmiendo inmóvil en esa misma camilla, o fumando en una mañana helada, sentada en el patio del Suipacha, sobrando en una camisa amarillenta, sonriendo entre rumores. Miraba los árboles, las paredes, buscaba, quizá, caras o cuerpos en las manchas negruzcas estampadas en los muros; miraba a través de él, y seguía sonriendo.

—Puyrredón y Córdoba, por favor.

La vida de todos había transcurrido en Puyrredón, aunque muchos no durmieran allí, ni la vieran cubrirse de luz y de noche.

Eugenia subió al taxi. Gastón había planeado desde la mañana tomarle la mano durante el viaje, obsequiarle un prelude dulce y sereno hasta llegar a la casa, quizá conversar de la infancia, volver allí, al rayo del sol, a las siestas de otoño, a los cumpleaños con chocolatada en la cocina rodeada

de azulejos y penumbras. Pero las primeras palabras fueron secas y distantes; ella se arrinconó contra la puerta del taxi, los ojos clavados en los rostros fugaces que corrían contra su paso, la tristeza latente.

Muchas veces había imaginado como sería la vida de Eugenia, en el foco de un catalejo podía verla emergiendo de la boca de los subtes, ojerosa, arrastrando los tacos por la vereda ardiente, con un uniforme azulado ceñido a sus huesos. Aun sería una extraña, extranjera en Buenos Aires, porque lo era en todos lados, siempre exiliada en los rincones, ausente. Recordó haberla acechado, ya adolescente, en la playa de la isla. Caminó a sus espaldas sin detenerse y la reconoció, parada en la orilla, con el agua marrón acariciando sus dedos flacos y exangües. Con un color distinto a los demás, observando a los costados a la gente que la rodeaba, como si fueran a tocarla, a empujarla al río. Y en Puyrredón estaba viva, iluminada. Extrañaba su voz, su voz de niña, sus gritos. Nunca la había escuchado hablar después del entierro de Tío Orlando.

La radio del taxi estaba casi muda, agonizaba por debajo de los túneles. A Gastón no le incomodaba el silencio, pero entre los dos existía un abismo de tiempo y distancia que no pudo zanjarse con dos o tres preguntas idiotas, si seguía estudiando en la misma facultad, si aun tenía esa costumbre excéntrica de ir sola al cine y después ano-

tar en un cuaderno su propia crítica de la película. Todos en Puyrredón eran amantes del cine. Las noches de los sábados en las que se quedaba a dormir, la ceremonia se celebraba alrededor de la película de las diez, El ciclo de los Oscar, y después con Eugenia se abrazaban por debajo de las frazadas para ver Galería nocturna. Recordó las camas paralelas, la mesa en el medio, frente al televisor, el olor a la pizza, a la caja de cartón manchada con aceite. Acaso todo estaría allí, como la última vez que la vio, cuando cerraron la puerta con candado, después de sacar el ataúd con el tío Orlando dentro, y ella entre las piernas adultas, con las mejillas rosadas por el calor y el llanto, mirando esa caja de madera barnizada que se iba con su padre, y con él su infancia, la casa de los años nuevos, de las navidades.

Llegaron. Eugenia esperó que le abrieran la puerta cancel con la mirada oculta bajo el cabello castaño, las pestañas bajas, las manos en los bolsillos, la actitud de quien está por entrar en un lugar ajeno. Gastón ya respiraba los perfumes de la nostalgia, ansiaba que la puerta se abriera y la visión del pasado lo llevara en el tiempo: allí, cruzando el umbral, lo esperaba el patio más grande; el silencio de la siesta; los tablones largos, azogados por las copas vacías; las botellas de sidra transpiradas; el tío Orlando disparando su pistola hacia el cielo, justo a las doce, y los demás buscando refugio tras las

persianas de las piezas. Eugenia, que entraba tímidamente, tenía que recordar que esa Noche Buena escuchaba los disparos bajo la mesa, arrastrando la muñeca de patas largas por los mosaicos.

Prima, dolorosa prima, de belleza exacta y triste, recorriendo las paredes de su niñez por última vez, antes de que la inmobiliaria la empujara al abismo senil del olvido.

Irma, la hermana mayor de Orlando, había cuidado la casa desde la mudanza de Eugenia a Buenos Aires. La exhibía a los desconocidos que veían el cartel en la calle, les contaba historias terribles para espantarlos. Se aferraba a Puyrredón tanto como Gastón. Amaba las macetas naranjas, las piezas húmedas, los roperos de roble. Una madrugada –decía Irma, abriendo sus ojos siniestros– no recuerdo en qué fiesta estábamos, cuando oímos que alguien golpeaba la puerta de calle, desesperadamente. Era una mujer, lloraba y miraba para atrás como si alguien la acechara. Nos dijo que un hombre la seguía para matarla. La dejamos pasar, y durmió en una de las habitaciones de arriba – señalaba las escaleras– a la mañana siguiente ya no estaba. Nos enteramos por los diarios que la habían asesinado a puñaladas. Era una polaquita que había escapado de un prostíbulo de la zona.

Irma los observaba, estudiaba sus expresiones, si notaba terror sonreía, sino había sido suficiente inventaba otra historia más sórdida. A alguien no

le interesó el empeño de Irma para asustarlos, la respiración de las paredes, los pasos marcados por el parqué. Alguien del campo la compró para que sus hijos pudieran estudiar en la ciudad o simplemente para tenerla, para inventar otro pasado.

A tres pasos, el cuartito de los juegos escondía la oscuridad tras las persianas. En ese lugar Eugenia le enseñó juegos que no entendía, le contó secretos, le besó las mejillas y escapó corriendo de su enojo. Cuando la luz entrara por la abertura, Gastón esperaba encontrar los Mil ladrillos, el Ludo matic; ella quedó a mitad de camino, frente a la habitación de su padre, con los puños cerrados, las lágrimas descolgándose, el nudo abultado en la garganta. Entró apenas, la cama de bronce dejó salir el perfume rancio del colchón. Ella quedó allí, conteniendo algo.

Comenzó a llover. Las gotas se estrellaron contra el toldo del segundo patio, la chapa crepitaba y era también un sonido de añoranza. Gastón buscó nuevamente la complicidad de su prima, ella tenía que recordar los raviolos de los domingos, las tormentas de verano, las lloviznas de otoño, el cielo cayéndose y ellos protegidos, repasando el piso con las manos pequeñas, trotando por los corredores. Pero ella estaba incubando el trueno en su pecho, la furia que él no esperaba, que no hubiera querido. Las últimas palabras de consuelo, mientras el llanto ya era compungido y urgente, nadie las oyó,

ni él mismo que las pronunciaba con cautela, casi un bisbiseo, aplastado por los gritos y los latigazos que daba Eugenia con el puño sobre la persiana de la habitación de su padre. Las manos sangrantes, las astillas horadando la piel, enterradas.

—Hijo de puta! —arrodillada, gritando, quitándose de encima de sus hombros las manos de su primo— hijo de mil puta!

La abrazó. Reconstruyó su cuerpo tomándola de las axilas. Ella lo miró con pena y se aferró a él. Quiso preguntar, estaba perplejo. Pero ella anticipó su respuesta meneando la cabeza y cerrando los ojos, bajando las pestañas húmedas.

Primita, conflictiva y torpe, con tu miedo al agua, a la oscuridad, a la vida.

Eugenia respiró, se ensanchó y corrió hasta el zaguán. Buscó las llaves en sus bolsillos. Las traía Gastón, apresurado, urgido en abrir la puerta, en partir la casa en dos, desintegrarla para que ella pudiera respirar, para que volviera a sonreír.

—Sacáme de este lugar, por favor.

Salieron. Caminaron en silencio cuando las sombras ganaban la esquina y las vecinas desplegaban las sillas en la vereda. Gastón pensó en las vueltas manzanas en bicicleta, la escondida. El recuerdo se fue rápido, apabullado por una angustia extraña. El viento levantó el polvillo imperceptible de los frutos del plátano y le crispó los ojos, lo cegó; las lágrimas borronearon la última visión de la calle.

Circunvalación

Deslizó la pierna hacia fuera de las sábanas; primero la pierna derecha para apoyarse, luego el brazo, para amortiguar la caída del torso sobre la alfombra. Todo fue lento, silencioso, planeado desde que el sol había comenzado a agujerear la persiana y marcar con sus hilos la ropa esparcida, el bronce de la cama. Fue despegándose de la piel de Milena, escapando de su abrazo, de su aliento suave y acompasado. El sol ardía pleno contra la casa, lo notaba por el calor que subía por las paredes. No deseaba saludarla. Para que la noche muriera con solvencia, con dignidad, eran inaceptables las escenas, el pelo revuelto, los ojos alagañados. Debería escapar –y así lo hizo– descalzo, con la campera en la mano, saludando a la mujer que repasaba los muebles con una remera desgarrada; debería empujar el auto por el césped de la chacra hasta llegar al arco de maderos, y allí encenderlo, como un ladrón, sonriendo, marcando en el teléfono móvil otro número.

Bajó la ventanilla y entró la marea áspera del césped que alisaban a los costados de la autopista, un tapiz parejo, de verde y sombra, que terminaba en el reflejo de los lagos artificiales de los countries. Volaba sereno por el asfalto, rompiendo el aire y el silencio. Llegó hasta la colectora y subió; evitó la ciudad, el bullicio del mediodía, la multitud cruzando encimada las calles, atestando los colectivos carrasposos.

Nunca entraba a la ciudad. Con la circunvalación podía conectar todos los puntos de su vida; la fábrica, la casa de su novia, su departamento. La circunvalación lo alzaba por encima de todo: de las casas con antenas, de los basurales que rodeaban las vías. Ahora veía la chatura de los barrios, el calor que nublaba los cordones, la tierra de las calles, las zanjas, todo perdiéndose bajo a sus pies.

Llegó al departamento antes de ir a la fábrica. Se duchó y aun mojado cayó sobre el sofá con el teléfono en el pecho. Marcó el primer número de la chacra. Milena estaría recostada al borde de la pileta, pensando en cómo sería su vida cuando fuera abogada, imaginándose vestida con un conjunto gris, botas altas, maletín, llegando al estudio, llamándolo desde su despacho. Marcó el segundo número. Milena se levantaría, ajustaría el corpiño de la maya y acomodaría la carne rebosante dentro de las redes mínimas de tela. Descalza, con un andar imbécil y desordenado, se quemaría los pies

hasta llegar al teléfono. Cuarto número. Ella le pediría que fuera, que se quedara a comer para escuchar el reporte de Fisherton que su padre solía ladrar cada noche, atontado por el vino. Colgó.

Los operarios bromeaban con él. Jugaban como si fuera un cachorro, el cachorro del perro grande que los podía morder si quería. Bromeaban en confianza, pero siempre en voz baja, a distancia; los manotazos y las caricias duraban unos minutos, hasta que él subía hasta la gerencia para recoger las diligencias y oír las indicaciones de su padre. Después, cuando pasaba por los pasillos hasta la salida, sólo lo miraban. Entonces la culpa lo molestaba, la culpa de que ese era su trabajo: cinco vueltas por la calle de los bancos, y ellos, en cambio, hasta la noche, fundiendo acero, inyectando plástico, sin poder hablar por las máscaras y el reloj.

Bajó del ascensor y sintió náuseas cuando llegó a su nariz el hedor de las sopas y de las sábanas viejas. No reparó en que era la primera vez que entraba a un hospital. Otros, pensó, ya estaban acostumbrados, se habían resignado al asco. Llegó al final del pasillo y Alejandra dormía en un banco de madera, con los pies colgando y la cabeza recostada sobre un bolso. No la despertó. Se detuvo frente a ella, le miró las manos que se encimaban, una sobre otra, en su estómago. Le aflojó los cordones y le quitó las zapatillas, porque

recordó sus pies diminutos y frágiles, lo hizo para que respiraran, pero también para poder verlos, acariciarlos.

Le rozó las mejillas con la llave del auto. Apenas la inquietó. Esperó a que el sueño fuera otra vez profundo y lo volvió a hacer, una y otra vez, hasta que logró sobresaltarla. La dejó dormir un poco más.

Asomó un ojo al interior de la habitación. Podía ver la espalda de un anciano, desnuda, los pies exangües colgando de la cama. No era Don Memo, el padre de Alejandra, que estaba también dormido, con un enjambre de sondas volando sobre su cuerpo, perforándolo. El anciano volteó y descubrió los ojos que lo escrutaban. Pareció no importarle. Hizo pie en el mosaico de la habitación, y eso bastó para espantarlo y hacerlo volver al pasillo.

Ya estaba aburrido y despertó a Alejandra con un beso en la comisura de sus labios; ella lo abrazó por el cuello y se sentó.

Cáncer de páncreas. Le preguntó dónde estaba el órgano que imaginaba lacerado y sangrante, mientras le frotaba los pies. Ella intentó explicarle, pero no la escuchó. Veía los labios moverse, los ojos invadidos por las lágrimas, mientras intentaba llegar con la punta de sus dedos hasta el teléfono para quitarle el volumen. Alcanzó a oír que era terminal, que podían pasar semanas o meses, sólo eso, hasta que la enfermedad acabara

por devorarlo. La abrazó y soportó el llanto sobre su hombro. Cuando llegó la calma, le relató los hechos de un día inventado; porque aunque todo estaba claro entre los dos, la presencia real de ciertas cosas enfriaban el espacio cálido y brillante que le ofrecía Alejandra. Ella lo miró con desconfianza, incrédula. Pero él sabía que estaba agotada para eso; la muerte la rodeaba, la angustia. Se fue, con la promesa de volver al otro día. Ella le creyó.

Se fue del club a hurtadillas antes de que abrieran la última botella. Subió al auto con una sonrisa inútil, sin dueño; con el deseo de desmoronarse en la cama con el ardor del alcohol acariciándole los ojos y el dolor dulce, en sus músculos agotados, muriendo con el sueño. Mientras las luces brillantes comenzaron a correr por su parabrisas, pensó en cada una de las recientes complicidades que había compartido en la cena con sus amigos, intentó confirmar la autenticidad de ese cariño. Fue como un repaso de su hipocresía, de cuánto podía borrar la costumbre esas relaciones, de cómo algunos de esos hombres serían más importantes en su vida que cualquier mujer.

Milena toleraba sus viajes. Era una de las cláusulas humillantes del acuerdo. Su padre lo alentaba a hacerlos, y ese día en la fábrica, cuando le contó del viaje a Salta para practicar rappel, no había sido una excepción. Por eso estaba feliz, y volaba otra vez sobre la circunvalación para llegar

a la chacra antes del almuerzo. No le iban a molestar las discusiones de Milena con sus hermanas, ni los reportes de Fisherton, ni la música extraña que siempre sonaba en el fondo de las voces, con el zumbido del aire acondicionado, con las risas que retumbaban desde la pileta.

Subieron, como siempre, a la habitación. Aunque fuera siempre así, le excitaba que ella bajara la persiana y que lo recibiera con los pechos desnudos, sentada en la mesa del escritorio, corriendo con un dedo la bombacha a un costado, para que la penetrase. Después, de espaldas, recostada sobre el escritorio, levantaba la cintura y él la montaba, casi en puntas de pies.

Le pidió que fuera a buscarla a la facultad, a la noche. No podía negarse, no después de eso.

Lo detuvo el semáforo e impidió con ademanes que le enjabonaran el parabrisas. Soltó algunas monedas de su mano y subió la ventanilla. Un joven, con las botas de goma hasta las rodillas y la remera empapada, tomó las monedas y las apretó en su puño; quedó parado junto al auto, mirando fijamente la oscuridad del vidrio polarizado.

Pensó que de alguna manera esa mirada odiosa podía llegar hasta el interior, atravesar la oscuridad, el reflejo del sol en ella. Se sintió incómodo. La luz verde lo liberó y mientras se alejaba, espío con timidez por el espejo retrovisor si la mirada invasora continuaba allí.

Alejandra esta vez lo esperó en el parque. Fuera del hospital todo era como antes, sin dramas, sin demasiada intimidad. Se fueron enredando con los brazos. Hablaban cada vez menos, las bocas tardaban en separarse. Cuando se rozaron las lenguas, comenzaron los empujones con la pelvis, aun en la claridad de la tarde, desafiando el pudor, las reglas. Intentó convencerla de llevar esa desesperación al baño del hospital. Ella se negó, y le insistió, una y otra vez, como siempre lo hacía, hasta ganar por cansancio.

Se comprometió a comer con ella el sábado, olvidando el viaje. Estaría sola en la casa, le cocinaría. El sexo con Alejandra era distinto, era tierno, estimulante. Muchas veces, cuando Milena se recostaba a su lado, ansiaba desaparecer, odiaba que lo tocara, que le dijera que lo quería. Sólo dejaba pasar el tiempo hasta poder hacerlo de nuevo, disfrutarlo, vaciarse.

Llegó a la facultad para recoger a Milena y pudo sentir en sus dedos el olor penetrante de Alejandra, dejó la mano suspendida en su rostro para embriagarse. Ese perfume le daba satisfacción, cierta sensación de trasgresión banal, de triunfo sobre Milena.

Estacionó bajo un árbol, a metros de la puerta. Estaba oscuro. Ella recién había salido, no podía verlo. Esperó que todos fueran abandonando la vereda, que se fuera quedando sola. Primero, con

la ilusión de sorprenderla en falta, algún saludo extraño, desubicado, una broma sugerente. Después era sólo verla apretando las carpetas contra su pecho, con la impaciencia ganando sus movimientos, el frío haciéndola vulnerable. Cuando ella comenzó a caminar hacia la calle, puso en marcha el auto y se acercó. Fue cruzando las sombras de las casas, los túneles de los árboles, hasta llegar a la Circunvalación, como siempre, para viajar hasta la chacra. No le habló, sólo dejó que la música ocupara el silencio para pensarse en otro lugar, con otra mujer, con otro destino.

Cenaron, esperaron que todos se acostaran y ahora, frente a la pantalla, Milena estaba inmóvil, atenta a las imágenes y las voces, con el cuerpo relajado, la mano derecha sobre su muslo; él no podía entender por qué esa mujer, tan fuerte y tan frágil, tenía que caer sobre la banqueta, ante el grito desesperado y vacío de Clint Eastwood, que corría sin llegar hasta ella en el silencio y los flashes que presagiaban algo siniestro, inesperado.

No importaba la película, quizá fuera un mensaje incomprensible para él, sin sentido; lo que no podía concebir era esa escena, esa extraña costumbre de que todo tenía que girar hacia el dolor, hacia la muerte. No lo entendía, y se durmió.

Marcó el primer número de la casa de Alejandra. Ella estaría pelando las papas, escuchando la voz áspera de Goyeneche; sin esperanzas ni con-

vicciones, sólo luchando para que todo saliera bien. Marcó el segundo número. Se estaría bañando, dejando la cabeza bajo la ducha para que el agua caliente se llevara la imagen de su padre postrado, inconsciente. Cuarto número. Estaría saliendo en pantalones cortos y descalza, hacia el almacén de la esquina, para comprar el vino, Malbec. Colgó. Llamó un taxi y fue a buscar la camioneta al garage de su padre para viajar.

El teléfono móvil de Milena tenía una llamada perdida y un mensaje de voz. El número era de la casa de su novio, pero la voz no era la de él. Era la del padre. Hablaba dificultosamente, desde lejos. Sonaba compungido, sollozante. Le pedía que fuera urgente para Salta. Milena pensó en tantos kilómetros hechos por la ruta sin que pasara nada, tanto peligro alrededor de ellos, y sin embargo una soga, una trenza de tela que se desgarró con la roca, o simplemente se cortó. La voz del padre decía que estaba con respirador, que fuera lo antes posible, que nada era seguro, que podía pasar cualquier cosa.

Flagelantes

Se abrieron las puertas del templo y detrás de la virgen que bailaba sobre las cabezas como un estandarte de comparsa, los peregrinos cubrieron la calle solitaria del amanecer con el rumor informe de los secretos, con el ruido sordo de los pasos desaparejos sobre la vereda.

Sólo una vez al año veía el cielo: la despertaban de su sueño erguido, en donde exhibía su tristeza rodeada de santos y ángeles de ojos abiertos y miradas siniestras. Los chicos temían que alguna vez esas bocas pétreas se abrieran, que las pestañas se cerraran.

El silencio murió con las alabanzas, con los cánticos diáfanos que encontraban eco en las paredes viejas del pueblo. Sólo las mujeres levantaban la voz y le daban armonía al coro. De cerca podían oírse las voces estentóreas y torpes de algunos maridos obligados que escondían sus manos en los bolsillos para defenderlas del último frío del alba.

La virgen se abrió camino hasta llegar a la ruta con la cola de peregrinos rezumando penas y ora-

ciones. Desfilaban por la mañana ardiente. La alfombra del asfalto se nublaba en el horizonte.

El sacerdote mecía la sotana, sus rodillas la inflaban a cada paso. El sol ya le incendiaba la espalda, podían verse las manchas húmedas debajo de las axilas, en su estómago, los cabellos de la nuca ligeramente mojados. Pero él seguía regando el incienso que apenas sobrevivía en el viento. Miró hacia atrás y reconoció cada una de las caras que lo seguían, las mismas que temblaban tras las rejas del confesionario. Él conocía sus miserias, sus debilidades, las cosas que iban a esconder hasta la muerte.

Prohibieron el agua y la comida. Sólo mojaban los pañuelos en un balde para aliviar los labios y la frente. El destino final aún era lejano: algún santuario, gruta, o iglesia ajena, a varios kilómetros de la casa de la Virgen Milagrosa de San Antonio de los Verdes.

Las peticiones se escuchaban difusas, débiles, desde la garganta de los feligreses que las leían al frente de la columna. La respuesta era gloriosa, estridente, el rumor se perdía en la quietud mortecina del campo. La misma frase, horas caminos.

Algunos iban quedando al costado de la ruta. Caían pálidos, con los brazos y las piernas colgando del cuerpo como trapos. Un auto los regresaba al pueblo. Las miradas los despedían con impiedad. Nadie olvidaba hasta el otro año esos nombres.

Atrás, al final de la serpiente humana, algunos jóvenes con guitarras animaban el sendero. Entonces la soja era más verde, los árboles que se apretaban en el medio del llano parecían más grandes, queriendo ser bosque. No se demoraron los pedidos de silencio, ya eran muchas las sonrisas. La música terminó y volvió el clamor de los rezos y el agudo cortante de los lamentos.

Dos hombres con canastas comenzaron a recorrer la columna. Les daban a los peregrinos los pequeños látigos de dos brazos, con pequeñas esferas de madera en los extremos de las cuerdas.

El sacerdote, con voz suave y melódica, cantaba en latín, mientras azotaba su espalda. Todos lo imitaron, las cuerdas caían sobre los hombros y toda la ruta parecía un campo de trigo sacudiéndose con la brisa. Él levantaba la vista, sentía ser digno, ejemplo.

Sólo se oía el aplauso de los azotes. La puta del pueblo castigaba sus piernas desnudas, otros la ayudaban y su piel irritada estaba enredada de latigazos y de sombras. Ella no estaba convencida de su dolor, lo hacía quizá para lavar la culpa de los demás, los que la azotaban sin detenerse en sus ojos, con la mirada ausente, como cuando estaban sobre ella, respirando fuerte, babeando.

Algunos rogaban que los azotaran en los brazos, otros en las manos o en la entrepierna.

La patrulla del pueblo los protegía a distancia. El comisario tragaba la mitad del humo de un cigarro oscuro y mal quemado y, entre la bruma, veía con indiferencia a los flagelantes. Pero antes de otra pitada, sonreía con sorna y disparaba comentarios irónicos al Cabo, que se santiguaba cada vez que la virgen se dejaba ver entre la multitud. El comisario también sabía de las miserias, archivaba en su memoria el pasado, conocía cómo habían sido sus vidas de niños, lo que habían hecho algunos en las ciudades primorosas y violentas.

Una mujer se adelantó a todos y caminó junto al sacerdote. Lo miró fijo y se perdieron lágrimas en sus mejillas. Él asintió y ella comenzó a cruzar el cuerpo del sacerdote con su látigo, lo hacía con saña, con rencor. Lloraba a gritos mientras el flagelado seguía cantando en latín, sin arrugar su voz.

Una niña lo hacía distraída. El látigo era demasiado grande para sus manos, entonces en un esfuerzo por acertar en la espalda, las esferas le golpeaban la cabeza y las orejas, sin fuerza. A veces corría a su padre, jugando, mientras él esquivaba los golpes, también sonriéndole.

La mujer cayó de rodillas y el sacerdote la miró con desdén. Quería terminar con esa cercanía audaz, sacrílega, que lo mostraba tan hombre ante todos. Abrazó el cuerpo flácido y se esforzó hasta verla de pie, frente a él, para que no la atropellara

la columna. Tomó el látigo y desenroscó las esferas de madera, quitándoselas. Debajo de ellas, en los extremos de las cuerdas, estrellas de hojas filosas, incrustadas entre sí, le daban una nueva dimensión al dolor.

Le devolvió el látigo a la mujer, con las estrellas plateadas destellantes, y ofreció el pecho para que lo azotara. El primer intento desgarró la sotana y dejó ver los primeros hilos de sangre.

Todos quitaron las esferas. Una alfombra clara del color del barniz fue rodando a espaldas de los peregrinos; caían a la banquina como una lluvia de granizo.

Las prendas blancas se enrojecían. Las piernas de la puta y las manos de los flagelantes se desgarraban como carne cocida; escondían sus gemidos entre los llantos ajenos, entre los rezos propios.

El padre miró a la niña sin consuelo. Acarició el cabello rubio y soleado con delicadeza, para no enmarañarlo. Le quitó la blusa y dejó ver su cuerpo pequeño y frágil. Le pidió el látigo y ella se lo dio. Los que pasaban a su lado, dieron vuelta la mirada con temor y siguieron cantando por el camino.

El diablo saliendo de la piel

No podía encontrar la temperatura que deseaba; abría y cerraba el grifo de la derecha. Temía quemarse las manos, los genitales, las piernas por donde corría el agua después de estrellarse contra sus brazos. Si era muy fría perdía sentido hacerlo debajo de la lluvia para sentir el abrazo del calor, la humedad, esa sensación cercana a la calidez eléctrica de otra piel que robaba de sus recuerdos claros. Con la mano izquierda se aferraba a las llaves de paso que azogaban la pared negra de los azulejos, o apoyaba su antebrazo por detrás de la ducha, mientras la otra mano seguía sacudiéndose en el instante de vértigo, cuando el río de fuego subía desde su vejiga y pedía paso de forma urgente. Sus rodillas se doblaban y gemía sobre el ruido de las gotas estrellándose contra la cortina.

Ese día eligió el recuerdo de la mujer con el tatuaje, la que se desvistió entre pausas y se acostó a su lado, sin diálogos fingidos ni miradas ausentes. Esa mujer, una tarde de llovizna, lo miró a los ojos cuando había llegado a la habitación y se dejó

besar en la puerta del departamento, en una despedida que por momentos pareció tierna y pueril. Ella mostró su piel con un silencio sedante. Comenzó a mordisquear sus labios de costado, sin abarcarlos, rozando con la lengua las comisuras. Había caído ya sobre el cuerpo inquieto y firme y una de sus piernas abrazaban las de él. La miraba con cierta desconfianza, acaso no aceptaba la intensidad de ese deseo. Se dejó vencer. Se convenció de que había cierta honestidad en las caricias y aguardó la llegada de la excitación plena resistiendo el peso de su cuerpo tibio, pero a la vez comenzando a mover hacia arriba y hacia abajo su cadera, para rozar con el músculo palpitante la humedad entre las piernas de ella, que gemía y cerraba sus ojos cuando las lenguas se encontraban en el aire.

El rito en la ducha precisaba una cadencia, una regla de tiempo y movimiento que debía respetarse para alcanzar la explosión: como la marcha de una locomotora, el vuelo de una sinfonía. Nada podía interrumpirlo. Si era así debía recomenzar, esperar a que cada centímetro de la piel soportara el frío, que todo estuviera dispuesto y alerta, que los recuerdos no se diluyeran, que las imágenes volvieran a ser vívidas y fieles.

La última vez que había visto a su esposa, antes de entrar al baño, fingía estar dormida, cruzada en la cama, con el brazo derecho escondiendo su

cara, seguramente lamentando la última discusión, la que siempre comenzaba cuando él llegaba de su trabajo, fastidioso, y ella lo esperaba con el motivo precisamente inventado para molestarlo, para arrancar de su boca la ira, la que había fermentado por horas, entre las órdenes, la envidia, el calor devastador de la siesta. Cuando la vio durmiendo, aprovechó para encerrarse en la ducha.

Había pensado en aquella tarde de llovizna durante todo el día. En un momento en el que ya no lo resistió, pensó en los baños de la oficina, en cerrar los ojos y hacerlo allí, con el aliciente del riesgo, de la pequeña y pueril trasgresión. Pero aguantó hasta llegar a su casa y ahora estaba bajo el agua, con la sinfónica sonando en su cabeza, llegando al cenit.

Los tendones del brazo que hacían el movimiento le advertían la fatiga con un dolor, pero no podía parar, no podía hacerlo porque en el ensueño, en la película que proyectaba su pensamiento, en la perfección de las formas, de los sonidos nítidos, la mujer del tatuaje estaba estremeciéndolo otra vez. El recuerdo le dio una tregua, pero no por eso dejó de excitarse. La recordó de espaldas, su espalda ancha y blanca, los hombros altos y agudos escondidos por la caída de cabellos azulados. El valle que se ahondaba al final de su columna se levantaba en la redondez de las nalgas, y más al sur los pies acurrucados contra los suyos, fingiendo

estar trémulos, sólo para pegarse a su piel, para seguir con el juego de una necesidad irreal, a la que él se resistía por creerla falsa, pero que después de esa tarde no fue más que otro signo en el lenguaje que los acercaba. Cuando volteó su cuerpo, aferrándose a sus manos para no quedar sola en el costado de la cama, él pudo ver el tatuaje colorido que nacía en el cuello y moría en la cadera: una maraña de trazos perfectos, ocultos en la sombra lúgubre de la luz roja. De las curvas de tinta, abriéndose paso entre los omóplatos y la carne, algo intentaba salir, asomando garras y dientes. Ella contestó, indolente:

—Es un diablo. Un diablo saliendo de la piel.

Sintió el rechinar de la puerta del dormitorio; pasos en el pasillo del vestidor.

Dobló más las rodillas. Ya no sentía el brazo y prefería no cambiar de mano; la izquierda era de tacto ajeno, de movimientos estúpidos y torpes.

Su esposa se había despertado. Lo estaría buscando, estaría también en busca de los gritos y las imprecaciones, las buscaría en los rincones, en las gavetas, en el cesto de la ropa, en los olores de su camisa transpirada.

Ahora era la imagen la que se esfumaba, se perdía entre líneas verticales difusas. Iba y venía el cuerpo bañado de luz, el tatuaje terso, la sensación cálida en las yemas de sus dedos, la sonrisa, el leve desorden del silencio profundo en los alre-

dedores del baño. Entonces un vendaval de frío y realidad se la llevaba, se llevaba su cuerpo, su voz, su aliento.

Las canillas de la cocina se abrieron y el agua se heló. Tuvo que arrinconarse en una esquina, sintiendo los agujonazos en las piernas. Era posible que su esposa lo hiciera adrede, que en ese momento estuviera riéndose detrás de la puerta del baño, conteniendo la carcajada. Al menos así se aseguraba de que estuviera lejos. Pero todo se había ido, la locomotora estaba fatigada, inerte. El ruido lo había devuelto a su vida amarga, la de un hombre enjabonado, preso en su ducha y detrás de la cortina de vapor, el encierro y la lista interminable de muros que lo cercaban: su familia, la de ella, los amigos en común, los hijos. Tras la puerta del palier que escondía detrás de ella la ominosa imagen de un futuro irremediable y predecible, estaba la libertad de la noche.

Apoyó su frente en el azulejo. Antes de insultarla y de pedirle que cerrara el grifo de la cocina, volvió a sentir el calor del agua en la nuca, lamiendo el pelo contra su cara, bajando por la punta de su nariz en cataratas. Cerró los ojos y oscureció su mente. Llegó a percibir un punto claro. De allí, desde ese pequeño punto que disparaba colores, comenzó otra vez a dibujar aquel departamento en penumbras, la escalera gris, la puerta de vidrios baratos, la pieza perfumada. Volvieron sus

piernas, su desnudez, el tatuaje que seguía su peregrinar hasta la cama.

Llevó su mano hasta la entrepierna. Movi6 el hombro para medir su fatiga y comprob6 que no había dolor, que estaba dispuesto. Empez6 nuevamente la sinfonía, el movimiento creciente. Ella estaba ahí, encima de él, y él estaba en ese cuarto, como aquella tarde, la mano aceleraba cada vez más el vaivén y como un río de lava subía por sus entrañas el sueño, la fiesta del sueño que había esperado todo el día. Abrió los ojos sin querer, acaso ya no tenía el control de su cuerpo, era un elemento de esa dimensión entre la realidad y el ensueño, un puente para que ella saltara de sus manos, para que de su puño nacieran sus cabellos, el diablo arrancando la piel, sus piernas.

Miró a través de la rendija que dejaba la cortina y vio una pequeña línea de luz que mostraba un tajo del espejo y reflejado en él, la sonrisa irónica y cínica de su esposa, el gesto maligno, la burla. Quiso esconderse al otro lado de la ducha, que todo siguiera como si nada hubiera pasado. En un miserable segundo, sólo uno, creyó que no lo había visto.

Escuchó la risa y un palabreo imperceptible. Tosió para no oírlo. Sintió la puerta del baño tronar contra el marco y luego la de la pieza. Aun podía escuchar los murmullos cuando cerró la ducha y se envolvió en la toalla, pisando el suelo

helado y tratando de encontrar su reflejo entre la bruma. Limpió el espejo empañado con su mano. La imagen de su mujer aún estaba ahí, riéndose. Se aferró del lavabo. Sintió mareos, las piernas que se aflojaban y el peso insostenible de su cuerpo que se caía con vergüenza. Se imaginó desnudo, tirado en el piso, su cabeza golpeando contra el borde del bidé, la sangre invadiendo la diafanidad de los sanitarios. Se sentó en el inodoro. No pensaba salir hasta que su esposa se durmiera. Esperaría hasta estar seguro de eso. Entonces iría hasta la cocina, comería un sándwich, se llevaría un vaso de vino al living y vería televisión, o leería un libro, terminaría alguno empezado, alguno de todos los que alguna vez había empezado, La luna y las fogatas, los textos de Borges de la revista Multicolor.

No quiso pensar en la mujer del tatuaje. La imaginaría sentada en la cama, burlándose también, descubriéndolo vulnerable, débil. Pensó en cómo alguien, impiadoso, no hubiera dudado en saltar de la ducha y apretar ese cuello pálido y pecoso hasta que los ojos salieran de sus cuencas, hasta que las manchas moradas o azules invadieran las mejillas. Él no podía construir esas cosas, sentía náuseas de pensar en eso; mucho menos hubiera podido hacerlo, aun cuando el odio y la impotencia le oprimían la garganta, aún cuando en un segundo quiso matarla, lo deseó con fervor.

Dejó pasar un tiempo que él consideró prudente. Secó las plantas de sus pies y salió envuelto en la toalla hasta el baño. Cruzó el vestidor casi trotando, hasta llegar al sofá y allí se desplomó. Tomó un libro que estaba en el suelo, palpó con la yema de sus dedos la tapa más dura, el más pesado de todos los libros que se trepaban sobre la alfombra, y caminó con él hasta la habitación. La brisa fresca lo atropelló, sacudía las cortinas del balcón y las dejaba suspendidas en el aire pesado, mientras le azotaba la cara. Cerró los ojos y se paró frente al sueño lejano de su mujer. Los abrió y vio que los de ella estaban relajados, prensados en una paz profunda y oscura. Levantó el libro por encima de su cabeza, aferró sus tapas tersas, sólidas, sintió el peso sobre sus hombros y allí se detuvo. Se resistió, como si el próximo movimiento deviniera por lógica en una sucesión de hechos indefectibles, fatales. Intentó pensar en otras cosas, deseó la noche, sus veredas, la misma brisa que se encerraba en su habitación, pero corriendo libre por la calle, meneando los árboles, haciendo vibrar las persianas cerradas. Abrió los ojos y aún estaba allí, vulnerable, dormida, con la sangre contenida, viva, serena; y él con el libro en alto, los brazos acalambrados, con un recuerdo volviendo a su piel, el del pelo azulado, las manos multiplicándose por sus piernas, el diablo abriéndose camino hasta salir.

Caudillo

Soy un vago señor, soy el hombre
J.L. Borges

Es difícil creer que el Caudillo esté dentro de ese ataúd pequeño. Lo imagino con los brazos apretados contra las paredes de madera, con su pecho ancho contenido bajo la tapa negra con manijas de fierro amarillento. Pero él ya no siente nada; es desechos y huesos, una mortaja comprimida en una cajón barato que no vale más que las pocas flores que lo rodean. Tampoco hay mucha gente, sólo nosotros, los que aún no aceptamos que el cuerpo de un hombre que cargaba quebracho sobre su hombro, que llevaba sobre su espalda dos bolsas de sal en un mismo viaje, esté reducido como el de un anciano a quien la muerte fue acariciando poco a poco; el tiempo absorbiendo cada gota de su cuerpo. Todos sabemos que en realidad el cáncer lo devoró en dos meses, lo destrozó por dentro, le desintegró los órganos hasta hacerlo mear sangre.

Trato de recordarlo como era entonces, cuando todos en el aserradero de Nuevo Alberdi le decían el Caudillo, porque no había otro mote posible,

porque convencía a todos de todo por el simple hecho de existir, de soltar su voz. Venía montado a los vagones repletos de madera que llegaban del Chaco, gritando órdenes que a nadie le caían mal. Cruzaba en su pecho un traje negro con rayas grises, siempre prolijo y limpio, como si el polvo se resbalara de su cuerpo. Peinaba una cresta de pelo brillante sobre la frente y el humo de la pipa le envolvía la cara. Llevaba siempre en su bolsillo un fajo de billetes prendidos a un broche dorado, una cantidad que nunca en su vida iban a juntar los peones que lo amaban. Cuando eso no alcanzaba, se hacía respetar con coraje y con un cuchillo con mango de plata, cruzado por detrás del abrigo que se le embarraba con los tacos de las botas.

Veo delante, a través del parabrisas, el auto gris, opacado por el polvo y el reflejo del sol en el metal. El brillo barnizado del ataúd adornado por una corona pequeña. Voy solo en el auto escolta. Preferí el asiento delantero, el auto es amplio y puedo estirar el brazo izquierdo por el respaldar, sin tocar el hombro del conductor que mira triste hacia la calle, como si a él también lo oscureciera el desdén, el hastío de la mañana.

Damos vuelta a la plaza por segunda vez. La iglesia está frente a nosotros. Allí vamos para escuchar la misa, pero no alcanzo a entender por qué la segunda vuelta. Quizá sea para satisfacer el morbo de los vecinos de San Jorge, que no dudan en de-

tenerse en la vereda para adivinar de quién es el dolor, quiénes van montados en el cortejo fúnebre. No nos conocen y eso los alarma. Los inquietan no saber por qué alguien se atrevería a enterrar un familiar en este pueblo sin haber nacido en él, cuál es la relación del muerto con este hombre que viaja en el auto fúnebre y los mira con ese gesto burlón, desafiante.

Antes de aquel domingo de Pascua, todos seguíamos al Caudillo hasta el aserradero y ahí nos reuníamos alrededor de su voz, de las historias que siempre contaba. Nos sentábamos todos a la mesa: la familia, los peones. Félix se adueñaba de la parrilla y todo lo hacía él: prendía el fuego, asaba la carne y aprovechaba para serrar madera y adelantar trabajo.

El día en que Félix perdió el dedo en la sierra yo estaba trepado, como siempre, en los troncos apilados en el fondo del terreno. Era un leñador, o un soldado en una guerra contra mutantes, o quizá sólo estuviera viendo cómo la llovizna cambiaba el color de la madera y ese color más luminoso convertía la pila de troncos en un bosque ordenado, porque los juncos y los árboles también estaban más verdes, más claros. Escuché el griterío, los alaridos desgarradores de Félix, que eran más agudos y más sentidos que los demás. El dolor en la distancia, las corridas, fueron el presagio de algo extraordinario y torvo. Pensé en mi abuela, en mi

madre, las imaginé recostadas en el piso, pálidas, sin vida; presentí sus ojos abiertos, ausentes. Pero en lugar de aquello que había imaginado en el sopor, lo vi a Félix, junto a la sierra, arrodillado, con la mano sana sosteniendo la muñeca de la otra, que despedía un chorro viscoso y oscuro. El aserrín estaba salpicado de sangre y las gotas podían mantenerse enteras y gordas, sobre la viruta.

Nadie me permitió ver el dedo seccionado de Félix. Mi abuelo me tomó de un brazo y me pidió que lo acompañase a llevarlo al hospital de Granadero Baigorria. La camioneta volaba sobre los pozos de la calle, doblábamos sin frenar y las ruedas gemían sobre el polvillo de las banquetas. El viento cálido se cruzaba de una ventanilla a la otra y revolvió el cabello transpirado de Félix.

Viajaba desmayado y sólo se sobresaltaba en las frenadas, pero luego cerraba los ojos, sereno, sabiendo que lo peor había pasado, que estaba protegido por el Caudillo. Un pañuelo empapado en sangre y engordado con hielo, envolvía el dedo sobre la guantería. Llegamos a tiempo y lo salvamos. Pudieron injertárselo. Nos fuimos del sanatorio recién cuando se despertó en la camilla, somnoliento y dolorido. Al primero que vio después del desmayo fue a mi abuelo. El lunes, después del accidente, Félix siguió trabajando en el aserradero. Lo hacía con la mano vendada, con el brazo blanco en el cabestrillo. Volvió al aserradero

para agradecer al Caudillo la atención. Se le conservó el trabajo y se le encargaron tareas livianas, hasta que pudo volver a la sierra. En los domingos sucesivos, antes de aquella Pascua que terminó con todas las ceremonias, golpeado por el vino, abrazaba a mi abuelo y le juraba fidelidad.

Félix murió aplastado por un vagón, cuando quiso aferrarse de una escalera con la mano mala, para saltar del fuelle al andén, en el Patio de la Madera. Todos fuimos a su velorio y yo no quise acercarme a donde estaba él, envuelto en tules. Sólo vi a todos llorar y yo también lloré.

No fue la única vez que el Caudillo salvó una vida. Vi como sus manos enormes arrancaron de la muerte a mi prima más chica, Mariel. Ella nació cuando yo tenía ocho años. Era rubia y pálida, como su madre. Su semblante parecía siempre enfermo y débil. Una mañana, en Villa General Belgrano, perdió el equilibrio en el borde angosto de la barranca y cayó. La fuerza del río la arrastró, la llevó hacia unas piedras que se quebraban con los sauces. El Caudillo se tiró sobre la espuma, en el medio de la correntada y se la arrebató al río aferrándola de los cabellos, cuando todos corríamos como estúpidos por la orilla, gritando inútilmente. Desde ese día y quizá antes, compartí con Mariel la preferencia del Caudillo. Nosotros dos en sus faldas, en sus fotos, en sus anécdotas repetidas. Sólo nosotros dos conocimos el Chaco, la

fábrica maderera. Mariel no pudo volver, desde que se enfermó de tos convulsa, un verano de calor intolerable, sin tormentas, ni viento.

Llegamos a la iglesia, y mi sospecha se confirma cuando bajamos el ataúd del auto, para llevarlo hasta el altar: somos menos que en la sala velatoria.

La misa va a ser tediosa y pobre. Los choferes se quedarán dentro de la iglesia y fingirán ademanes sentidos, cumplirán por costumbre cada paso de la ceremonia. Dirán amén, cuando hay que decir amén, porque lo hacen siempre; es su trabajo. Pero en realidad estarán pensando que sus mujeres están malgastando el dinero, o que algunos de sus hijos es un desastre en la escuela, o simplemente en una película que darán en la televisión esta misma noche. El conductor del auto escolta, a mi lado, está maldiciéndonos. Vi su cara de fastidio cuando comprendió que no tenía otra opción que cargar el ataúd hasta el carro grotesco que lleva los cuerpos hasta el interior de la iglesia. Fue como si lleváramos un bulto de aeropuerto, una mercadería.

Hay curiosos en la puerta. Son algunos de los vecinos respetables de San Jorge que se distraen con las miserias ajenas; los que se detuvieron bajo la sombra de la plaza para mirar los autos negros que viboreaban por las calles céntricas. Pero en la intimidad, en el fondo oxidado y vacío del dolor, estamos sólo él y yo. Ni siquiera el cura que está repitiendo todas los detalles que me pidió para su

discurso frívolo: sus virtudes, los cariños filiales, su vida dedicada al trabajo, su generosidad. Mentí. No dije ninguna verdad acerca de nuestra familia. No podía explicarle al sacerdote el episodio del domingo de pascua y la diáspora familiar. La misa debe ser digna, para él y para mí, aunque sea para colmar el capricho de mi madre y de mi tío.

Yo estoy rescatando de esta sucesión de rituales inútiles, otro momento de intimidación con mi abuelo, al menos parecidos a las complicidades que fueron destrabando mi niñez, como cuando me llevaba algunos kilómetros adentro de La Impenetrable, en Presidencia de la Plaza. Él tenía una fábrica de bochas y bastones, en un pueblo chaqueño rodeado de selva e incendiado por el calor. Nos internábamos en la espesura para cazar cuices o iguanas. Yo aplastaba mi cara contra la ventanilla de la camioneta para encontrar pumas y jabalíes por los senderos emparedados por hojas y raíces. Me sentía un cazador y él era el compañero de sueños, porque aunque quizá fuera un presumido, aunque no pudiera disimular su arrogancia, yo necesitaba de héroes y de hombres que me mostraran cómo serlo.

También íbamos a Resistencia, a los tribunales. Nos alojábamos en un hotel barato, detrás de la estación de ómnibus. El peronismo le había expropiado la fábrica y se la habían pagado mal. Estaba en juicio con el gobierno, pero él no los odia-

ba. Sí a Perón; odiaba todo lo que tuviera que ver con él: las huelgas, los delegados gremiales, los montoneros. No era así con sus peones. Los quería como a Félix, con un abismo claro entre ellos. Ese cariño temeroso impedía las protestas y las ambiciones, pero detrás de las caras pintadas por el aserrín había siempre algún par de ojos que lo seguían con desdén, con el deseo de poder alguna vez pasar la sierra por sus huesos.

Cuando viajaba solo, esperaba con ansiedad el regreso. La camioneta volvía cargada de jaulas de cardenales que se asustaban con los bocinazos; de bultos envueltos en papel y amarrados con hilo sisal. Siempre traía algún regalo extraño que yo adoraba por dos o tres meses, hasta que me aburría de su originalidad: un arco Toba, un poncho, un balero hecho por los peones de la fábrica.

Una vez trajo un collar hecho con dijes de barro y plumas coloradas. Lo había descolgado de una piedra santa, en el cementerio Toba. Lo había robado para mí, había traído el alma de un hombre, el hombre que se pudría en esa tumba, encerrada en ese collar; tardé años en entender que no había alma alguna, que cuando alguien muere sólo quedan algunos recuerdos en los demás, que el tiempo y esa misma muerte se van llevando.

Negociaba con los aborígenes, en el Chaco. Les compraba madera y pájaros, a veces hacía trueques y les daba parantes y tablas para que hicieran

ranchos. Me contó que cuando llegaba a las tolderías le ofrecían una mujer como gesto de hospitalidad. Ella lo esperaba en una tienda, desnuda. Yo lo escuchaba y sentía una vergüenza extraña y pasajera, al mismo tiempo que podía imaginar a esa mujer recostada en las palabras del Caudillo, con su piel curtida y sus pezones negros y redondos.

Ya estamos en el cementerio, después de acercarnos por un camino escondido por árboles, en las afueras del pueblo. Un pueblo chato gris dónde el Caudillo vivió –solo- sus últimos años. El camino está rodeado de sauces que lloran sus hojas sobre el asfalto. También hay flores amarillas asomándose de la banquina y quien no puede comprarlas en los puestos de la entrada, las arranca para llevarlas a sus muertos. El único paisaje distinto, agradable, es el último.

Otra vez debemos cargarlo; esta vez hasta la tumba. No va a ser una tumba en la tierra. Las tumbas en la tierra son más dignas, melancólicas. Lo vamos a emparedar en un nicho, para que se codee con otros muertos, con otros huesos. Es triste y miserable dejar a alguien apretado entre paredes, sabiendo que alguna vez vamos a estar ahí, abriendo los ojos y mirando un techo que nos va a raspar la nariz, sin poder mover los brazos, con una pared que nos va a separar de otro cuerpo descompuesto, sin posibilidad de salir. No puedo imaginar mi muerte ni despojarme de la idea de estar

vivo. Me cuesta creer todavía que él esté allí, entrando con los pies para atrás, en ese agujero diminuto. Dónde está su cuerpo esbelto, dónde está su altura, su pelo brillante y oscuro; tu vida, Caudillo, dónde está.

De uno de sus viajes trajo a Yolanda. Mi abuela precisaba a alguien que la ayudara con la limpieza y la trajeron adoptada de palabra, de un pueblo formoseño. Era la sobrina de un cliente de mi abuelo. Tenía diecisiete años cuando llegó. Yo tenía cinco menos que ella. La veía enorme, firme. Fue la imagen persistente de mis tardes febriles, en el baño de la casa de mis abuelos. Ella me trataba como a una criatura malcriada, jugaba conmigo y fijaba límites ofensivos a los juegos. Yo esperaba su siesta. Dormía boca abajo y en los revuelcos se levantaba su vestido, quedaba arrugado por encima de su cintura exponiendo su carne oscura, la piel morena abultándose debajo de su ropa interior. Me acercaba con sigilo y la rozaba con mis dedos. Arrimaba mi cara a su entrepierna y olía, después me encerraba en el baño a desahogarme. Una tarde en la oficina, la última habitación de la casa, Yolanda me dijo que sabía lo que yo hacía mientras dormía. Lo dijo con una tierna maldad. No dejé de asustarme, ni de desconfiar, aunque prometió no decir nada. Puso una condición a su silencio: yo debía hacer lo que quisiera. Los “encargos” terminaron siendo la ilusión que había

perseguido desde su llegada. Me obligaba a tocarla y lamerla donde ella disponía. Sus dedos recorrían su cuerpo y donde se detenían debían ir mi lengua o mis dedos. Los juegos eran cada vez más intensos, ocultos. En la terraza, en la oficina, en habitaciones vacías donde la abuela guardaba las jaulas y los muebles en desuso. Todo ocurría mientras el sueño de los demás. Uno de los aromas que aún no puedo olvidar, es el del perfume fuerte y estimulante de su entrepierna. Aún hoy creo olerlo, puedo sentir su mano en mi nuca apretándome contra su piel y me doy cuenta de que la memoria del perfume es un anhelo, una nostalgia.

Una tarde el Caudillo entró a su oficina cuando yo tenía la cabeza entre las piernas de Yolanda, debajo de su vestido. Ella saltó de la silla y corrió; yo quedé arrodillado frente a mi abuelo, con la vergüenza coloreando mi cara. Él sonrió y acarició mi cabeza, despeinándome. Nunca se volvió a hablar del asunto. Seguí jugando con Yolanda hasta mis trece años, hasta el domingo de pascua. Luego de eso, ella volvió a Formosa y yo no vi nunca más a mi abuelo, hasta hoy, que lo veo quedarse para siempre, detrás de una lápida barata, en un nicho desprolijo que están cerrando con cemento y flores amarillas, arrancadas de la banquina.

El camino de vuelta a la ciudad no es el mismo. Al fondo del túnel de árboles se ven las casas, la

ropa tendida, inmóvil por el peso del agua y que el viento apenas sacude, se aferra con las mangas a la soga para no caerse.

Yo tampoco soy el mismo. Soy sin el Caudillo, soy con todas las contradicciones de su cariño, del domingo de Pascua, de cada uno de las desgracias que le deseaba mi padre, cada una de las lágrimas de odio que cayeron de los ojos de mi madre cuando yo preguntaba por mi abuelo.

Recuerdo las fuentes coloridas de verduras sobre el tablón. La ensalada rusa, la lechuga, las tablas de madera enrojecidas por la carne sangrienta. Después todo pudo haber sido como cualquier domingo y estaría todo el mundo mareado por el vino, la radio de la camioneta prendida, deprimiéndonos con el fútbol. Los restos de pan, los corchos tirados por el piso, los perros robándose los huesos de la mesa, escapándose de las patadas. Todos se convencieron de la desaparición de Mariel después de varios minutos de haberla llamado, porque siempre nos desvanecíamos en la espesura del monte para jugar entre las maderas y nadie se preocupaba, hasta que alguno de los dos faltaba más de lo normal. Cuando yo entendí la desesperación de mi tía y los gritos, ya hacía mucho tiempo que la buscaban. Podía haber caído entre los troncos, haberse lastimado; siempre existía el temor a la ruta que pasaba por detrás del aserradero. Tomé un bordón de caña, barnizado. Me lo había hecho

el Virrey para apartar los yuyos mientras exploraba. Él decía que había Yararás; yo estaba aterrado pensando que alguna podía haberla picado y ella estaría recostada entre los yuyos, inmóvil, con el veneno paralizándole el cuerpo, con la boca cubierta de espuma.

Nadie pensó en buscar al Caudillo. Él la encontraría en segundos, conocía cada pedazo de su tierra, él hacía que todo se volviera simple, con esa sonrisa en sus labios, como si nada estuviera pasando. Pero no estaba a la vista. Siempre dormía la siesta después de almorzar. Se escapaba en silencio, para evitar reproches. Pasé caminando entre todos. Mi tío me preguntó si la había visto; le dije que no. Sus ojos llorosos fueron la imagen que retuve hasta llegar al último galpón. Cuando me asomé, sólo pude ver entre el marrón ocre del aserrín mojado, la palidez de las piernas flacas del Caudillo y entre ellas a Mariel, su cabeza recostada en el piso, más pequeña aun con el cuerpo esbelto y desnudo agachado sobre ella.

Acabo de despertarme en la estación terminal de Rosario. Antes de subirme al ómnibus en San Jorge, después de estar cerca del Caudillo por última vez, tuve miedo. Tuve miedo a la muerte, pero por sobre todo a no olvidarlo. A vivir con la culpa de no haberme despedido, de no haber escuchado de su boca alguna respuesta a ese día que nos separó hasta su muerte.

Cuando el cansancio del día me había vencido, mientras la llanura inmóvil me mostraba su último color por la ventanilla, soñé con él. Soñé con la estación de trenes de Resistencia, su andén ancho, gris. El tren bufaba a mi lado. Él estaba parado en una de las puertas, junto al fuelle. Me llamó. No había nada de ominoso en ese sueño que lo traía de la muerte. Yo me acerqué, caminando despacio sobre el aire suave de un suelo irreal y me dio su viejo maletín de cuero percutido, donde guardaba los papeles del juicio. Extendió la mano y sentí el apretón, la presión de sus enormes dedos sobre mi mano infantil, pequeña. Sonrió y se fue entre la gente que se acomodaba en el vagón, junto a Félix, junto a mi abuela, a Yolanda y a otras caras que me resultaban familiares, íntimas. El tren echó a andar y el ruido del acero deslizándose por las vías, era el del ómnibus deteniendo su motor en Rosario.

Quizá deba olvidar el domingo de Pascua. Quizá hubo dos hombres y a uno ya lo he perdonado en la estación de trenes. Prefiero no dormir. Temo encontrar en un sueño al otro hombre, al que he dejado en San Jorge escondido en un ataúd, tras una lápida sin fotos ni placas.

La calle está fresca, la noche estalla brillante sobre le Patio de la Madera. Ya no hay trenes ni leña: sólo un parque pretencioso, escondiendo los recuerdos tras las luces de otra ciudad.

Alexandria

La nieve comenzaba a caer sobre Alexandria. No eran plumas que planeaban hasta los parabrisas astillados de hielo, o hasta los adoquines; era un manto móvil de frío niebla, una lluvia gruesa que cubría con una pátina blanca la ciudad.

Él veía desde la ventana, desde la altura sencilla de uno de los edificios, cómo las tumbas lijadas por el tiempo acumulaban en sus cruces la nieve y las hojas secas. El cementerio ladeando la iglesia, las veredas grises, las casas con pequeñas escaleras, los bares con banderas de tréboles y estaño.

Todos cruzaban entre las lápidas para cortar camino entre una calle y la otra. Lo hacían con cierta satisfacción por creerlo trasgresor, audaz. A él no le gustaba. Lo acechaba aún la culpa respetuosa hacia la muerte, un prejuicio timorato que había heredado de un colegio católico de Buenos Aires.

Podía haber seguido mirando la nieve, resguardado tras las cortinas y el cristal, admirando la estepa urbana, el Potomac que cruzaba el horizon-

te como otro cielo. Pero lo perturbaba el vacío que se extendía por debajo de su mirada, el vértigo, la sensación inminente de caer.

Imaginó muchas veces esa caída y ya era como un recuerdo firme, con imágenes que se repetían con perfección. En ese recuerdo falso había decidido que no era importante el final, la llegada estruendosa al suelo. Lo sentía instantáneo, un flash de sombras y después la nada, la paz que le sugería el universo vacío y oscuro después de la muerte.

Sí temía al cosquilleo en las entrañas, al espiral de aire y líquido que haría fuerza por salir desde adentro de su cuerpo, al golpe en las cornisas. Porque en el recuerdo se le hacía imposible caer a una distancia libre de la pared. Imaginaba sus huesos rebotando contra el granito, quebrándose, abriendo heridas.

No era entonces la muerte la que completaba sus pesadillas: pánico al dolor. Al dolor intenso e irremediable. Ese miedo, algunos años atrás, había cambiado su vida.

el discurso en los galpones de Gral. Mosconi no fue un discurso/ entre compañeros no existe tal cosa/ hablé como nunca/ era una asamblea caliente/ me acuerdo de tu cara Turco/ tu mirada vidriosa/ mientras los gorilas corrían por izquierda/ los corría con esa paciencia natural que tenía cuando hablaba en momentos difíciles/ me dijiste que te había hecho acor-

dar al chino de “ La condición humana” de Malraux / si me escucharas ahora/ si me vieras ahora/ te morirías de vergüenza/ te morirías si no estuvieras muerto

Por detrás de él, el tiempo transcurría en otras dimensiones, viajaba sobre ceremonias triviales y pasaba veloz entre risas y música de copas.

Su mujer lo había arrastrado, como todos los viernes, a otra de las tertulias frívolas y aburridas de compañeros de trabajo, en casas repletas de recuerdos de viajes y gente muerta hacía tiempo.

Aun no se acostumbraba a los rumores extraños de otra lengua, a las cenas de tarde, a los vinos tejanos.

Giró los ojos sobre su hombro. Su mujer levantó las cejas cuando se cruzaron las miradas. Estaba sentada con las piernas cruzadas, apretando el sexo como si se fuera a escapar algún pudor. Percibió la angustia en sus pestañas caídas, en la soledad frente a la ventana. Lo conformó con una sonrisa ingenua. Ella creía que lo había conformado.

Su mujer se había adaptado. La culpa no era para ella un espectro persistente, invulnerable. Todo en su vida había sido construido para él. Los compromisos, las decisiones, las alegrías ficticias, el presagio inútil de un futuro tranquilo. Se convencía de todo; lo inventaba, mentía y lo soñaba hasta creerlo.

Aquel día, en ese agujero oscuro, no fue miedo, ni acumulación de traiciones, ni arrepentimiento, ni el triunfo arrasador de la tortura.

Él no la había visto. Los habían llevado separados, con los ojos vendados. La imaginaba fría, sentada en la oficina, la luz sobre los ojos, sin titubeos, sin objeciones. Las manos tersas de otro hombre sobre la mesa, golpeando con los anillos la madera, el quiebre del silencio con la música insolente, logrando respuestas sin esfuerzos, porque para ella no había un costo en lo que revelaba; otras cosas sí tenían un precio: su matrimonio, la vida de su marido que languidecía en una celda cercana. Todas las invenciones, los sueños forzados que le daban hijos casa familia auto, todo se desvanecía con la muerte.

nunca hablaba de eso con vos Turco/ era algo estipulado/ yo tenía pelotas y vos te creías que era así porque de otra forma no hubiéramos estado juntos/ habíamos construido todo sobre eso/ no existía amistad fuera de nuestra lucha/ igual te lo dije o al menos lo hablamos entre el humo del mate cocido/ mirá Turco yo ya pacté conmigo la muerte/ me convencí de que es inevitable como la llegada final de la victoria o la derrota/ como la vejez como el silencio/ a otra cosas les tengo miedo Turco/ no a la muerte/ la muerte va a ser flash vendaval relámpago/ antes fierrazos, gritos adrenalina/ y después un ardor leve y nada/ pero el

dolor/ el dolor se aferra de cada músculo/ de cada centímetro de la carne/ vas a oler tu piel quemada/ .y vos sabés bien qué viene después de eso/ después de eso te quebrás/ ¿puede alguien aguantar indefinidamente? /¿puede soportar tanto dolor?

Llegaron al aeropuerto y comenzó una vida diferente, como si el avión los hubiera parido. Eligieron departamento, buscaron trabajo. Ella en apenas semanas empezó a trabajar de traductora. Después se perdió en la obsesión de conseguir un empleo para él.

Los últimos días, antes que aceptaran sus antecedentes en la empresa, se quedaba horas frente al televisor, desarmado por las palabras irreconocibles, sólo escrutando las imágenes para poder comprender alguna historia.

Prefirió el silencio laxitud, el deseo de perderse en imágenes triviales, en pensamientos livianos.

En Buenos Aires detestaba la rutina, renegaba de la suya encontrando razones para no reconocerla. Antes de las noches largas, de las escondidas, del miedo, él también había tenido una rutina, asqueante y banal, como la que deseaba ahora para olvidarse de todo.

En ese preciso instante, frente a la ventana de una casa ajena, veía su reflejo, el reflejo de un animal sedentario, autómata. Pero esa rutina era la de otro hombre, la de alguien que no había tenido

un nombre hasta su llegada. Ese hombre subía al subte en el centro de Washington, bajaba en Pentagon City, caminaba por las veredas frías con la mirada recorriendo el piso, el piso vacío y sucio de un mundo que había odiado y que hoy lo protegía en su vientre. Vivía la vida de otro, y sufría por los que había acercado a la muerte. En ese marasmo había perdido su propia vida, estaba enterrada en un pantano de odio, desprecio, olvido.

La noche escondía ya la ventisca. Apenas se dejaba ver una pantalla de viento y nieve peleando con la luz nublada del mercurio. Sólo brillaban, en la oscuridad de la vereda de enfrente, dos pares de ojos que se ocultaban en los cuellos levantados de sus abrigos. Quizá los envidiaba un poco, sentir el frío en la cara, en la cabeza, la brisa fluvial helándole las manos. Y él allí, con las orejas rojas por el calor artificial de la estufa, el sudor prístino bajando por las axilas, humedeciendo la lana del pullover.

Sintió las sillas arrastrarse y pudo ver de reojo cómo los abrigos iban dejando libre el sofá. Seguro se habían hartado de hablar de sus empleos y de la última novela de Bellow. Se disponían a volver a sus casas burguesas, en los suburbios decorados de Georgetown, llegando a tiempo para besar la frente de niños rubios en las camas y para eyacular encima de sus mujeres, por debajo del camisón.

Había tenido una esperanza de escapar a esas imágenes, pero el tiempo lo fue venciendo, apenas unos meses y ya después sentía cómo su piel se arrugaba desparramada en el sofá, intentando negar el idioma, los nombres que no había olvidado cuando tuvo que hacerlo.

Las maderas de las sillas seguían rasgando el parque. Los murmullos se fugaban por las puertas.

Se quedó allí. Las miradas brillantes de enfrente se alineaban con la luz intensa de la moto que le enfocaba la cara, como un spot. Toda su visión era ese brillo que evidenciaba la ventisca y le lastimaba los ojos.

No fue un presagio, ni una premonición, sólo la simple suma de los hechos lo que le hizo comprender todo: allí parado, inmóvil, sin poder apartarse de la ventana, la moto acusándolo con la luz, los ojos brillantes desde el acecho. Su mujer abalanzándose contra su cuerpo, con la desesperación por prevenir lo siniestro, pero sin lograrlo, recorriendo el paso entre ella y él a una velocidad fuera del tiempo y del espacio, un movimiento condenado a fracasar. El abrigo de uno de los que lo observaban por detrás de la moto, descubriendo una cara familiar.

No hubo explosiones. Dos agujeros perfectos y a los costados las venas impredecibles que se expandían por el vidrio. Por los huecos se colaban los rayos perfectos de luz y partículas y el rugido

de la moto que se iba apagando en la distancia de la esquina.

está mi mujer con el Tigre/ me lo dijo el milico que está siempre en las duchas/ me dijo que después me van a llamar/ en una de esas zafo Turco/ yo voy a hablar por vos/ yo te voy a sacar Turco/ pero no te calentés/ no voy a decir nada/ si supiera dónde está la negra también la sacaría/ se enojaría de saber que es mi mujer la que nos saca a todos/ pero que mierda / yo te voy a sacar Turco/ no llores/ yo te voy a salvar

Cayó hacia atrás con las manos en el vientre, la sangre abriendo camino entre los dedos exangües. Miró hacia arriba. El vuelo plateado de la araña, el techo. Un zumbido sitiaba las imágenes y en el fondo el llanto débil de su mujer.

Pensó en ella, en su sacrificio inútil. A ella no le importó la culpa, la traición. Su universo era él y ahora ese universo se consumía con el color rosado de la piel.

Entre pensamientos vio a una mujer en el sofá, relajada indolente hermosa. Observaba con cinismo la desesperación de los demás. Le miró las piernas, largas y pálidas, el dulce y oscuro rincón al final del túnel de su vestido. Ella abrió más las piernas para ofrecerle algo, como un último deseo de patíbulo.

No era una mujer más que reía a sus espaldas, no era otra frívola y estúpida mujer que tomaba de la copa con los labios apretados. Era la muerte con sus ojos negros sin vida como los de un tiburón que aprieta la carne; era la muerte que sonreía y se negaba a llevarlo, dejando que el dolor le devorara las entrañas hasta que el sufrimiento fuera eterno.

El salto al vacío la cornisa los balazos la traición; el dolor, el terrible y espantoso dolor.

Cayeron sus párpados. Su mujer le apretó las manos. Junto con el trueno ahogado de la moto que se alejaba creyó oír su nombre.

Miró el sofá. Sus ojos se nublaban; estaba laxo. Sólo sentía una sola parte de su cuerpo: su estómago ardiendo, estallando. No había nadie allí. La muerte se había ido sin él. Sólo quedaron su mujer, las personas que rodeaban los cuerpos pegados en la alfombra, y él con su dolor; el terrible y espantoso dolor.

Índice

Fiesta

El Pelado

Jugadores

Puyrredón

Circunvalación

Flagelantes

El diablo saliendo de la piel

Caudillo

Alexandria